EL TEATRO
MODERNO

JACINTO BENAVENTE

CAMPO DE ARMIÑO



Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/campodearmiocom1061bena_0



EL TEATRO MODERNO

AÑO III — 8 octubre 1927 — NUM. 109

Jacinto Benavente

CAMPO DE ARMIÑO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el 14 de febrero de 1916.

PRENSA MODERNA

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Irene, Marquesa de Montalbán...	*Sra. Guerrero.*
Carolina, Marquesa viuda de Los Robledales...	*Srta. Ruiz Moragas.*
Natalia...	*Sra. Salvador.*
Felisa, Condesa de San Ricardo	*Srta. Cancio.*
María Antonia...	" *L. de Guevara.*
Beatriz...	" *Hermosa.*
Demetria...	*Sra. Torres.*
Luisa...	*Srta. Torrea.*
Dorotea...	*Sra. Bueno.*
Gerardo...	*Sr. Díaz de Mendoza* (hijo).
César Estevez...	" *Díaz de Mendoza* (F.).
El Duque de Santa Olalla... ...	" *Santiago.*
Paco Utrilo...	" *Díaz de Mendoza* (M.).
El Conde de San Ricardo...	" *Juste.*
Santiago Solana...	" *Palanca.*
José María...	" *Vargas.*
Baltasar...	" *Capilla.*
Martín...	" *Guerrero.*
Criado 1.º...	" *Corona.*
Idem 2.º...	" *Samada.*



ACTO PRIMERO

Gabinete elegante.

ESCENA I

Natalia y *Luisa.* Luisa arregla las manos a Natalia.

LUISA.—¿Pero no sabía usted nada?

NATALIA.—No, hija, no. Si llevo una vida... No veo a nadie, no voy a ninguna parte.

LUISA.—¿Guarda usted luto?

NATALIA.—Luto, no. ¿Para qué? Sería ridículo. Ni tampoco me dejarían llevarlo. Bueno es el caballero. Pero siquiera debe una guardar las apariencias.

LUISA.—Eso sí.

NATALIA.—Así es que no salgo de casa. Es lo mejor para que no la traigan y la lleven a una. Aun así... Ya ve usted ese periódico. Lo que dice Fantomas. No trae los nombres, pero más claro... Ya me costará algún disgusto.

LUISA.—¿Disgusto, por qué?

NATALIA.—¡Ay! ¡Usted no sabe! Gracias que a mí... Pero acabe usted de contarme, que de mis cosas no quisiera ni hablar. ¡Estoy más harta!... Dígame usted, dígame usted... De modo que lo de la Celi y el americano...

LUISA.—Ya le he dicho a usted. Que se ha terminado.

NATALIA.—¡Estará buena!

LUISA.—No quiera usted saber. ¿Le he hecho a usted daño?

NATALIA.—No. Es nervicso. ¿Y dice usted que vende los muebles?

LUISA.—Lo vende todo.

NATALIA.—Estúpida. ¡Qué se había creído!

LUISA.—Ahora dice que vuelve al teatro.

NATALIA.—A buena hora. Creerá que el público se acuerda de ella. ¡Ay, dichoso y bienaventurado teléfono! En toda la mañana no ha parado. ¡Qué pejiguera! Y es que han leído el periódico y ya están rabiando por averiguar. Pues no me da la gana de ponerme al aparato. ¡Duro, duro! ¡Jesús, qué gente! Haga usted el favor de tocar el timbre. Que venga alguien a ver quién llama. Por mi parte... Serán...

ESCENA II

Dichas y *Dorotea.*

DOROTEA.—¿Qué manda la señorita?

NATALIA.—¿Pero no estás oyendo el teléfono? A ver qué quieren. Dí que no estoy en casa, que no...

DOROTEA.—Será la señorita Julia, que ya ha preguntado dos veces esta mañana por la señorita.

NATALIA.—¿La señorita Julia? Pues si es ella, le dices que... Si es ella me avisas, que tú no vas a saber decirle lo que yo te diga.

DOROTEA.—Yo le diré lo que usted me mande.

NATALIA.—No vas a darle toda la expresión. Anda, mujer, que van a volvernos locas. *(Vase Dorotea.)* Si es que he debido irme de Madrid. Pero como una no puede hacer nunca su gusto...

LUISA.—No se queje usted, que es usted la mujer de la suerte.

NATALIA.—Eso creerán muchos. Ya les daría yo. *(Entra Dorotea.)* ¿Quién era?

DOROTEA.—La misma, señorita.

NATALIA.—¿Sí? Perdone usted un momento. Voy a despacharla. Va a ir bien servida.

LUISA.—No se disguste usted. *(Sale Natalia.)* De qué mal temple está.

DOROTEA.—No lo crea usted, pamplinas. Pues menuda suerte. Con la millonada que va a coger, según dicen todos.

LUISA.—Pero ese dinero será del chico...

DOROTEA.—Sí, pero mientras el chico se hace hombre... Y si viera usted qué guapo es el muchacho.

LUISA.—¿Pero está aquí?

DOROTEA.—Anoche llegó con una hermana de la señorita. Una tía rancia de pueblo, que es la que se hizo cargo del muchacho, y le ha tenido siempre con ella en un poblachón, sin que nadie se acordara aquí de él para nada. Hasta ahora, que ha muerto el padre, y claro está, hay que traerle y presentarle, para coger la herencia.

LUISA.—¿Pero es verdad que está reconocido?

DOROTEA.—Reconocido y muy reconocido. Y como el Marqués no deja otros hijos de su matrimonio, usted verá. Ahora, que la familia revolverá Roma con Santiago. Como que se trata de muchos miles.

LUISA.—Ya. Pero si el chico está reconocido, no sé yo qué puede valerles.

DOROTEA.—Eso, allá veremos. Es gente gorda. Y si se mete la curia de por medio... Ya sabemos todos lo que es la curia.

LUISA.—Vamos, eso será que no están las cosas tan claras.

DOROTEA.—Claras, sí están, según dice la señorita. Ahora, que vaya usted a saber. Allá cada uno. Que ella tuvo que ver con ese señor Marqués, sí es verdad. Ahora, que dicen que el hombre siempre fué medio simple, y que le engañaron, y que hay quien sabe cosas, y... Pero ella está muy confiada. Y ella también tiene quien la aconseje y la valga. Que don Santiago anda con todos los peces gordos.

LUISA.—Ya lo creo. Como que don Santiago no ha sido ya ministro por ella. ¡Como dió el escándalo de separarse de su mujer, y luego en todas partes se presenta con ésta! Como que hombre más enamorado de una mujer yo no lo he visto.

DOROTEA.—No lo sabe usted bien. De rodillas por los suelos y llorando como una criatura le he visto yo muchas veces. Porque ella le trata... no quiera usted saber. Calla, que vuelve. *(Entra Natalia.)*

NATALIA.—Dispense usted, Luisa. A ver si nos dejan.

DOROTEA.—¿Se ha despachado usted a su gusto?

NATALIA.—No. Pobrecilla. Si ha estado tan cariñosa. Es una buena amiga. También me ha contado lo de la

Celi. ¡Qué me he reído! ¡Con el salero que tiene ese demonio de Julia para remedar, contándome lo que va diciendo el americano!

DOROTEA.—¿Manda algo la señorita?

NATALIA.—Nada. Oye. ¿Dónde está el señorito Gerardo?

DOROTEA.—En el comedor con su tía, viendo el álbum de las postales de la Rosita, que le pedí yo que se lo dejara. Porque el muchacho, ya se ve, no sabe qué hacerse. Está como extrañado. Por cierto que la Rosita, no quiera usted saber. Le ha caído el huésped de lo peor. Se come de envidia. Las once son y no ha consentido salir de su cuarto.

NATALIA.—Qué estúpida de criatura. Ya le diré yo. Pues tiene que acostumbrarse a quererle. No hay cosa más aborrecible que los hermanos mal avenidos. Lo sé por experiencia. Yo no he tenido más que disgustos con mis hermanos toda mi vida. ¿Qué le habéis dado al señorito para desayuno?

DOROTEA.—Lo que él ha querido. Chocolate con buñuelos.

NATALIA.—¡Ay, con buñuelos! El mismo gusto que su padre. También le gustaban mucho los buñuelos. ¡Cuántas veces los habremos comido juntos en las verbenas! Cuando yo le conocí era muy alegre, muy madrileño. Después, cuando tuvimos nuestro disgustillo, se fué a viajar dos o tres años, y volvió hecho un inglés. Tan inglés, que se casó con esa galga, que todos dicen que es tan distinguida y tan antipática. ¡Ay, si pudiera una vivir dos veces, para saber de joven lo que sabe una cuando ya no le sirve de nada! ¡Si yo hubiera querido entonces... vamos! La Marquesa de los Robledales no hubiera sido otra más que yo. Porque quererme... Y él sería lo que se quisiera, pero lo tengo visto, el que se ha criado en buenos pañales se le conoce siempre. Podrá tener sus defectos, su genio, como lo tenemos cada uno; pero siempre hay señorío. No como otros...

LUISA.—Tiene usted mucha razón. A mí que me den siempre tratar con persona de clase.

NATALIA.—¿Y de dónde habéis traído los buñuelos?

DOROTEA.—Julián los ha traído. Al señorito le han gustado mucho.

NATALIA.—Está bien. Cuando él quiera le dais de almorzar. ¿Habéis traído dulces?

DOROTEA.—Sí, señorita.

NATALIA.—Que almuerce con su tía y su hermana. Yo no sé a qué hora almorzaré hoy. Según quien venga.

DOROTEA.—La Rosita dice que no sale de su cuarto.

NATALIA.—Ya verá si sale. Que no empiece así, porque la mando con las monjas.

DOROTEA.—No se lo diga usted, porque no desea otra cosa.

NATALIA.—¿Sí? Pues para luego es tarde. ¡Qué chica! Yo no sé a quién habrá salido tan despegada y tan farota.

LUISA.—¿Están a su gusto?

NATALIA.—Muy bien, Luisa.

LUISA.—Pues hasta la semana que viene, si no manda usted otra cosa.

NATALIA.—Nada, Luisa. Ah, Dorotea. Dile al señorito que venga. Quiero que le conozca usted.

LUISA.—Sí que tendré mucho gusto.

NATALIA.—¡Usted ya está enterada de todo!

LUISA.—Ya ve usted. En las casas a que va una no se habla de otra cosa.

NATALIA.—Ni vamos a andar con tapujos. En este Madrid se vive en un escaparate.

DOROTEA.—¿Qué le digo? ¿Que le llama usted?

NATALIA.—Sí; que le llama su mamá. Que no venga con su tía. Que se acostumbre a no estar siempre pegado a sus faldas.

DOROTEA.—Pues no sé si querrá separarse de ella.

NATALIA.—No, si no será el muchacho. que estará harto de ella. Es ella la que no consiente separarse de él. Su gusto sería que el chico no quisiera a nadie más que a ella. Se ha llegado a figurar que ella es su madre. Anda ya, mujer, que quisieras estar enterándote siempre de lo que una habla.

DOROTEA.—¿Pero no hablaba usted conmigo?

NATALIA.—Anda ya, que Luisa tiene sus atenciones. *(Sale Dorotea.)* Va usted a ver qué hijo tengo. No es

para presumir de joven porque es ya un hombrecito. ¡Pero qué importa, lo doy todo por bien empleado! ¡Está una tan desengañada de todo! ¡Ahora siquiera tendré esta ilusión! ¡Que me quiera mucho! ¡Con la chica he tenido tan poca suerte! No es nada cariñosa. Dicen que los varones quieren más a las madres, y a los padres las hijas. ¡Qué cosas! ¡Hasta en esos cariños se busca también lo contrario! Va usted a hacerme un favor, Luisa.

LUISA.—Usted dirá.

NATALIA.—Enterarse de si la Celi no ha vendido todavía el autopiano, y cuánto quiere de él. Es magnífico. Lo mejor que tenía en la casa. Si está en condiciones, quiere decirse que yo vendería el que tengo, que está ya muy estropeado, y le compraría el suyo.

LUISA.—Pues hoy mismo me enteraré.

ESCENA III

Dichos, Gerardo y Demetria.

NATALIA.—Aquí le tiene usted.

LUISA.—Vaya si es guapo.

NATALIA.—Entra, entra. Ven acá. No saludas, no dices nada.

GERARDO.—Muy buenos días tenga usted.

NATALIA.—Usted, usted. Deja el usted. Es cosa de pueblo. Ya se conoce cómo te ha enseñado tu tía.

DEMETRIA.—Ya estamos. ¿Por qué no le has enseñado tú?

NATALIA.—No me hagas hablar. No hagas caso a tu tía.

DEMETRIA.—Eso le enseñarás tú. A que me pierda el cariño. ¡A mí!

NATALIA.—¡Que ya te estás callando! Ven acá. ¿Verdad que es muy guapo?

LUISA.—Sí, señorita. Y tiene cara de bueno. Y muy buen aire.

NATALIA.—De familia. Y eso que... ¡Ay, Jesús! ¡No sé qué me da verte con esa librea!

DEMETRIA.—Es el uniforme del colegio. El de paseo.

NATALIA.—¡Bueno estaría el colegio!

DEMETRIA.—El mejor de Moraleda. El de los Padres de la Anunciación.

NATALIA.—¡Pues sí que tienen gusto los Padres! Pareces un hospiciano. Esta tarde vendrá el sastre y te hará cuatro o cinco trajes y abrigos. De todo.

LUISA.—Bueno, señorita. Me voy corriendo, que aún me quedan tres casas. He tenido tanto gusto... Su mamá ya sabe que en todo lo que yo pueda servirles ...

NATALIA.—Saluda, hombre.

GERARDO.—Usted lo pase bien. Para servir a usted.

LUISA.—¡Señora!...

DEMETRIA.—Servidora de usted.

LUISA.—Ya vendré yo misma a decirle a usted lo que haya del piano. Muy buenos días, señorita.

NATALIA.—Vaya usted con Dios, Luisa. *(Sale Luisa.)*

ESCENA IV

Dichos, menos *Luisa.*

NATALIA.—¿Estás contento? ¿Has visto toda la casa?

GERARDDO.—Sí, señora.

NATALIA.—¡Señora! ¿Pero no vas a acostumbrarte a llamarme como debes llamarme? ¡Mamá, mamá! ¡Y de tú, de tú siempre!

GERARDO.—Sí, señora.

NATALIA.—Bueno, hijo; como tú quieras. ¡Será desgracia mía no encontrar cariño en mis hijos!

DEMETRIA.—¿Pero qué quieres que haga el muchacho? ¿Cómo va a acostumbrarse en un día a quererte ni a mirarte como tú quieres que te mire? ¿Te había visto en su vida?

NATALIA.—¡Verme, verme! ¡Ya sabrá él por qué no he podido verle, por qué he tenido que sacrificarme toda mi vida! ¡Si tú le hubieras hablado siempre de mí, como debías haberle hablado! ¡Pero ya te conozco! ¡De su madre, ni una palabra! ¡Y si es caso, para hablar mal

de mí! ¡Toda tu vida has sido una egoistona y la única santa de la familia! ¡Ya se ve! Para los que no te han conocido antes. ¡Cuando no se tienen más aspiraciones que cuidar gallinas en un lugarón, es muy fácil engañar a la gente!

DEMETRIA.—¿Es que vamos a sacar a relucir historias sin reparar en nada?

NATALIA.—Bien me puedes agradecer que reparo.

DEMETRIA.—¿Yo a ti? ¿Verdad? Pues si a contar nos pusiéramos...

NATALIA.—¡Qué no habrás tú contado!

DEMETRIA.—Si yo fuera como tú, puede. Pero yo he sabido respetar siempre lo que tú no respetas. Ahora, ahora será cuando vea por sus ojos entre qué gente está y quién es cada uno. Que por mí...

NATALIA.—No tendrá que ver nada. No tendrá que ver más que soy su madre, su madre. ¿no es verdad? Pero ¿qué? ¿estás llorando? ¿Por qué lloras?

GERARDO.—No, señora, no lloraba.

NATALIA.—¿Por qué tienes tú que llorar?

DEMETRIA.—Creerás tú que el muchacho no tiene sentido. Son quince años.

NATALIA.—No me llores tú. ¿Es que te has creido que tu tía y yo regañamos? ¡No, hijo, si esto no es regañar! Si es tu tía, que como te quiere mucho, tiene envidia, como los chicos. Porque cree que vas a quererme a mí más que a ella. No quiere hacerse cargo de que yo soy tu madre. Y una madre es antes que todo. Porque como una madre no hay nada en el mundo. ¿No lo has oído tú siempre?

GERARDO.—Sí, señora...

NATALIA.—Te lo habrán dicho en el colegio, ¿verdad? Pero no me vayas a decir sí, señora. Dí, mamá, madre, lo que quieras. Oirte decir señora, me da frío.

DEMETRIA.—Ahí tienes tú, que ahora viene a llamarte señora el que más podía dolerte.

NATALIA.—Mira, Demetria, no quieras sacarme de tino. Para esto, podías haberte ahorrado el viaje. Ya hubiera yo mandado a una persona de confianza por mi hijo.

DEMETRIA.—Descuida, si esta misma noche me marcho. No reñiremos por eso.

GERARDO.—¿Se va usted sola?

DEMETRIA.—Sí, hijo, sí. Aquí no soy más que un estorbo. ¿No lo estás viendo?

NATALIA.—Hay que dejarte. No le hagas caso. Se estará aquí todo lo que tú quieras. ¡Jesús, qué genio! ¡Con lo que yo te he querido siempre!

DEMETRIA.—¡Ya se ve!

NATALIA.—¡Ya se ve! ¡Tú que no quieres verlo! ¡He tenido yo una suerte con mis hermanos!

DEMETRIA.—La misma que ellos contigo.

NATALIA.—Puede. Pues no sé yo quién se ha sacrificado por todos. Menos por ti, ésa es la verdad.

DEMETRIA.—¡Menos mal que tú lo dices!

NATALIA.—Tampoco has necesitado nunca de mí. Pero Tomás, Pepe, ¿a quién se lo deben todo? ¿Quién los ha colocado? ¡Pues ni una mala carta, Señor, ni una mala carta, va para cuatro años! Señal de que no necesitan de mí. Ya lo sé. ¡Pero no deja de ser muy triste! ¿Tú sabes de ellos?

DEMETRIA.—De tarde en tarde.

NATALIA.—¿Cuántos hijos tienen?

DEMETRIA.—Tomás, dos: chico y chica. Pepe, cuatro: chicos los cuatro.

NATALIA.—Ya ves: yo sin saberlo.

ESCENA V

Dichos, César y Dorotea.

CESAR—*(Dentro.)* No se moleste usted en convencerme. Para mí está siempre la señorita. Y cuando no está, espero a que vuelva, que es lo que pienso hacer, aunque usted se oponga.

DOROTEA.—Pero, don César, mire usted que... *(Entra César y detrás Dorotea.)*

CESAR.—¿Lo ve usted cómo está? Natalia querida.

NATALIA.—Hola, César, ¿qué te trae tan temprano?

DOROTEA.—Señorita, yo... La señorita me había dado orden...

CESAR.—Sí, de no recibir a nadie. Pero yo no soy nadie.

NATALIA.—Para don César estoy siempre, ya lo sabes. Como lo que menos podía esperar era verte a estas horas, entrabas en la orden general de no recibir.

CESAR.—No estás sola... Ah, es...

NATALIA.—Mi hermana Demetria.

CESAR.—Muy señora mía.

DEMETRIA.—Beso a usted la mano.

NATALIA.—Y... ya sabes quién. Mi Gerardo.

CESAR.—Ah, un buen mozo. Yo no esperaba...

NATALIA.—Quince años, César. El tiempo corre. Saluda a este caballero. Es un buen amigo.

GERARDO.—Muy buenos días tenga usted.

NATALIA.—El pobre mío está aún asombrado. No ha visto más mundo que la casa de su tía y un mal colegio.

DEMETRIA.—Eso, no; un colegio tan bueno como pueda haberlo en Madrid.

NATALIA.—Calla, calla. ¡Qué puede haber en Moraleda! ¡Hijo mío! Ya se educará aquí con los mejores profesores. Aprenderá idiomas. Muchas cosas. Ya verás, ya verás. ¿Eres muy aplicado?

DEMETRIA.—Ya lo creo que es. El primerito siempre en todas las clases. Los padres estaban embobados con él. El día de los premios pronunció un discurso que dió gloria de oírlo.

NATALIA.—¡Qué te parece! ¡Yo estoy loca de alegría!

CESAR.—¡Lo creo! Pues yo vengo de embajador.

NATALIA.—¿Sí?

CESAR.—Tenemos que hablar mucho. ¿Podrá ser ahora?

NATALIA.—Ahora mismo. Figúrate. Ya estoy muerta de curiosidad. Oye, Gerardo. ¿Quieres dar un paseo en automóvil? Un paseo por Madrid, por el Retiro, hasta la hora de almorzar. Verás qué bonito todo. ¿Qué te parece?

GERARDO.—Lo que usted quiera.

NATALIA.—Tú, tú. Lo que tú quieras.

GERARDO.—Lo que tú quieras.

NATALIA.—Así, así. Que vaya tu tía contigo.

DEMETRIA.—Déjame a mí de automóvil. Y tampoco quiero que vaya Gerardo. Todos los días están ocurriendo desgracias.

NATALIA.—No digas tonterías. ¡Qué desgracias! Si haces caso a tu tía... *(A Dorotea, que ha entrado un poco antes.)* ¿Está abajo el auto?

DOROTEA.—Sí, señorita. Desde las once, como dijo la señorita.

NATALIA.—Pues anda, anda. Trae el abrigo del señorito y un abrigo mío para la señora. Uno oscuro, y un sombrero también.

DEMETRIA.—¡Jesús! ¡Déjame a mí de sombreros!

NATALIA.—No vas a ir con el manto. No seas ridícula. Bien te ha gustado componerte. ¡Ah, tráete también el bolso que está encima de mi tocador; ya sabes! *(Sale Dorotea.)* ¿Y la embajada que traes es de muy alto?

CESAR.—Traigo más de una y de todas clases. Altas, medias y bajas. Hay tela cortada.

NATALIA.—Entonces, lo mejor es que almuerces aquí.

CESAR.—Imposible. Estoy a régimen y no puedo almorzar más que en casa de Floro Esquivias, que tiene el mismo padecimiento que yo.

NATALIA.—¿Pero tú tienes un padecimiento? No lo sabía.

CESAR.—Sí, el mismo que Floro Esquivias. Nos lo ha recetado el mismo médico.

NATALIA.—¿El régimen?

CESAR.—No. El padecimiento. Verás. Floro y yo somos muy aprensivos, el médico de Floro es muy inteligente. Un día le propusimos que nos pusiera algún régimen, porque nos sentíamos muy delicados. El nos preguntó qué nos gustaría comer. Adónde nos gustaría pasar los inviernos y los veranos. En fin, qué género de vida nos sería más agradable. Y cuando se lo dijimos, pues nos recetó el padecimiento que nos convenía para nuestro régimen. Yo creo que ha sido un acierto. Mejoramos por días.

NATALIA.—Tendrá que ver el régimen. ¿Oye, os ha recetado también algún específico?

CESAR.—No. ¿Por qué?

NATALIA.—Porque me han dicho que frecuentáis mucho una farmacia que está en el Pasadizo de San Ginés.
CESAR.—Te lo habrá dicho algún parroquiano. *(Entra Dorotea.)*
DOROTEA.—Aquí está todo, señorita. El abrigo del señorito.
NATALIA.—Ay, hijo mío. No sé qué me da verte con esa esclavina. Sí que os llevaban buenos en el colegio. *(A Demetria.)* Ven acá, tú. Pruébate este abrigo. A ver. Puede pasar. El sombrero. Mujer, así no. Vaya, pareces otra. ¿Lo ves? *(A Dorotea.)* Ahora dí a Julián que los lleve al Retiro. Dais un paseo, os bajáis, veis la Casa de fieras. A Gerardo le gustará mucho. Se divertirá con los monos. Toma, para ti.
GERARDO.—No, señora, no; muchas gracias.
NATALIA.—Vamos, no seas tonto. Para que te compres lo que quieras, lo que más te guste.
GERARDO.—Guárdelo usted, tía.
NATALIA.—No, guárdalo tú. Tienes que acostumbrarte. Ya eres un hombre. ¡Ay, cómo me han educado a este hijo! Acompáñales tú, Dorotea.
DOROTEA.—Cuando ustedes gusten.
NATALIA.—¿Te vas así? ¿No me das un beso? Yo te quiero mucho, mucho. Hasta luego. Ya me contarás todo lo que has visto. Verás cómo te gusta Madrid, y el Retiro, ¡qué precioso! Despídete de este caballero.
GERARDO.—Usted lo pase bien.
CESAR.—Adiós, pollo. Tanto gusto en conocerte. Señora...
DEMETRIA.—Beso a usted la mano. *(Salen Gerardo, Demetria y Dorotea.)*

ESCENA VI

Natalia y César.

NATALIA.—¿Qué me dices, César?
CESAR.—Estoy conmovido. Tú sabes que siempre he sido un sentimental.
NATALIA.—Un rico tipo, como dice el americano de la Celi. Eso es lo que tú eres. Pero como tienes mucho ta-

lento, sabes ser una buena persona cuando te conviene.

CESAR.—Por fortuna conviene muchas veces.

NATALIA.—¿Qué te ha parecido mi hijo? ¿Verdad que recuerda a su padre?

CESAR.—Sí, sí. Hay distinción, aire de raza. Verdad que Paco Utrillo, aunque sinvergüenza, es de buena familia.

NATALIA.—Mira, César, ni en broma te consiento que digas eso.

CESAR.—¡Natalia de mi corazón!

NATALIA.—Nada, nada. Ni en broma, si no quieres que tengamos un disgusto serio.

CESAR.—Mujer, no te enfades.

NATALIA.—No me faltaba más sino que los amigos os encargarais de ir propalando esas historias. Sobre lo envidiosa y lo mala que es la gente, y lo que revolverá y tramará la familia de Agustín, para ver de quitarle a mi hijo lo que le pertenece. La herencia de su padre, su verdadero padre. ¿Te enteras?

CESAR.—Sí, mujer. Agustín Pérez de León, Marqués de los Robledanos, emparentado con las más linajudas familias, dueño de uno de los capitales más saneados de España, muerto abintestato, sin hijos habidos en su matrimonio con la desagradable mujer que le amargó la vida durante doce años. Sin más herederos forzosos que la susodicha y desagradable mujer, hoy viuda suya, y este hijo suyo y tuyo, natural y reconocido en forma, fruto de juventud, de amor, quizá llamado a los más altos destinos, como Don Juan de Austria, para no citar más que a este bastardo ilustre, entre tantos como fueron honor y gloria de la bastardía. ¿Me quieres más serio?

NATALIA.—Te quiero amigo mío, y buen amigo, como lo has sido siempre. Por eso me molesta que digas lo que has dicho.

CESAR.—¿Qué he dicho yo? Ya no me acuerdo.

NATALIA.—Demasiado lo sabes. Eso, lo de Paco Utrillo, que no tiene ningún fundamento.

CESAR.—De ti para mí.

NATALIA.—De ti para mí, no voy a engañarte. Pero

la verdad es una. La que está reconocida legalmente. Y muy legalmente. Lo que es eso, que se les quite de la cabeza, que no podrán borrarlo.

CESAR.—Pues es lo que importa. La otra verdad...

NATALIA.—La otra verdad, ¿quién puede saberla? Dios lo sabe.

CESAR.—Tienes razón. Siempre me he reído con esos dramas y nóvelas en que se investiga con toda seguridad las más embrolladas paternidades. En casos como éste, la verdad es como tú dices, la verdad legal.

NATALIA.—Cuando así consta, sus razones tendría para creerlo el que más podía haber dudado. Y para mí, aunque yo pudiera saberla, para una madre, la única verdad es la que más conviene a su hijo. Ahora, dime, ¿qué embajadas me traes? Y si son malas, mejor es que lo dejemos para otro día, que hoy no tengo ganas de ponerme triste.

CESAR.—Hay de todo, bueno y malo. La primera, ya que hemos hablado de él, es de Paco Utrillo.

NATALIA.—Lo esperaba.

CESAR.—Ya sabes que ahora está pasando una de sus crujías.

NATALIA.—Lo sé. ¡No se muriera!

CESAR.—Pues bien, como a pesar de desearle la muerte con tan fiero encono, no podrás negar que le has querido mucho, porque... ¿cuántas locuras no has hecho por él?

NATALIA.—Todas las de mi vida, eso sí, ¿para qué voy a negarlo? Le he querido como no se puede querer a ningún hombre. Por eso mismo le odio como le odio. ¿Y qué habéis hablado? ¿Qué quiere de mí ese bandido?

CESAR.—Quiere... Que te quiere mucho, según dice él, que no ha podido olvidarte y guarda todas tus cartas y las lee todos los días.

NATALIA.—Ya entiendo.

CESAR.—Entre esas cartas, según él, hay alguna un poco imprudente; le aseguras que el padre de tu hijo es él, y sólo él. Que el pobre Agustín estaba engañado. ¿Es verdad que tú has escrito todo eso?

NATALIA.—Estaba tan loca por él, que aunque no

hubiera sido verdad, yo hubiera querido entonces que lo fuera.

CESAR.—No, y tú, que cuando le escribes a uno para cualquier tontería sin importancia, no hay modo de averiguar lo que has escrito; en estas cartas habrás puesto hasta gramática y ortografía, para que no haya lugar a dudas.

NATALIA.—Quiere decirse que ese bandido pretende venderme o vender mis cartas. Al mejor postor, ¿no es esto?

CESAR.—Sin duda. Al que más le ofrezca. Tratándose de cantidades, siempre ha sido un romántico.

NATALIA.—Si fuera yo sola, bien sé lo que tendría que hacer. ¡Pero son tantas cosas las que me atan! Mi situación con Santiago... A mí nada me asusta. Pero a él le asusta todo.

CESAR.—Sí. Tu don Santiago, como no tiene más ilusión en este mundo que la de llegar a ser ministro, y ya tarda más de lo justo en logrársele, empieza a padecer monomanía persecutoria, cree que toda la humanidad nos hemos conjurado para cortarle la carrera.

NATALIA.—No quieras saber. A mi siempre me lo está echando en cara. No pasa día sin decírmelo. "Por ti, por ti no he llegado yo, ni llegaré nunca, a ocupar la posición política que me corresponde. ¡Como en este país no sirve de nada contar con los hombres, si no cuenta uno con las señoras, y para las señoras, no, yo no seré nunca más que el amigo de la Natalia!"

CESAR.—¡Qué ingratitud! ¿Pues cómo se dió él a conocer en Madrid, sino por ser amigo tuyo? Cuando vino de su provincia, con mucho dinero, pero con más ordinariez y sin ningún talento, ¿qué fué lo que le colocó entre la gente distinguida? Tu cartel de mujer hermosa. "Ese es el que está con Natalia", decíamos todos. No se le conocía por otra cosa. Sobre todo, tú podrías ser un inconveniente cuando vivía su mujer, pero ahora viudo, ¿por qué no se casa contigo, como han hecho otros con sus amigas? La política es todo actualidad, y ni a los ministros ni a las ministras es de buen gusto recordarles su procedencia.

NATALIA.—No, muchas gracias. Matrimonio, no. Y

ahora, como comprenderás, menos que nunca. Me debo a mi hijo antes que a nadie.

CESAR.—Así me gusta, y ahora entramos en la más interesante de mis embajadas. Enviado extraordinario de la noble familia.

NATALIA.—¿De la familia de Agustín? Ya. ¿Ofrecimientos o amenazas?

CESAR.—De la parte que a ti me envía, ni asomo de amenaza y los más lisonjeros ofrecimientos. Se trata de la hermana menor de Agustín. La Marquesa de Montalbán, que desea conocer a tu hijo. Al hijo de su hermano, y si tú no tienes inconveniente, está dispuesta a venir a tu casa.

NATALIA.—¿A mi casa, esa señora? ¿Pero sabe...? ¿Me conoce?

CESAR.—Lo sabe todo, te conoce perfectamente. Pero la Marquesa de Montalbán es así. ¡Qué voy a decirte! Si la conocieras como yo, nada te asombraría.

NATALIA.—Sí, yo he oído hablar de ella. Por eso mismo me sorprende. Sé que es muy orgullosa, que no se ha casado por orgullo, porque nadie le parecía bastante noble para ella.

CESAR.—Por eso mismo, porque es muy orgullosa, fuerte en su orgullo, no teme atreverse a todo, segura de que no puede desmerecer por nada. Su hermano la quería mucho. Ella adoraba a su hermano, detesta a su cuñada, y no se lleva muy bien con los demás parientes, excepto con su tío, el Duque de Santa Olalla, un gran señor, muy simpático, algo extravagante, en opinion de las gentes, porque suele decir en alta voz lo que piensa.

NATALIA.—¿Y dices que quiere conocer a mi hijo?

CESAR.—Quiere algo más. ¿Qué pensabas tú? ¿Tener al chico aquí, contigo, en tu casa?

NATALIA.—¿Por qué no? Ya no está en edad de tenerle en un colegio.

CESAR.—¿Y crees tú que tu casa es el mejor lugar para un niño que empieza a ser hombre? ¿Que por haber vivido lejos de ti han de extrañarle muchas cosas, a las que él buscará explicaciones que tú no podrás darle siempre?

NATALIA.—Eso no me preocupa. La vida por sí sola lo va explicando todo.

CESAR.—Es verdad. Dulcemente, sin violencia, cuando desde que somos niños empieza con nosotros su triste enseñanza. Pero tu hijo ya no es un niño, y al comprender ahora, ya no sería poco a poco, sería de un solo golpe toda la tristeza de saber. Sin que puedas contar con su corazon lo bastante para defenderte con la verdad de su cariño contra la verdad de tu vida.

NATALIA.—Entonces, no quiero pensar que vas a proponerme que me separe de él. ¡Separarme de mi hijo, el hijo de mi vida!

CESAR.—Mira, Natalia, yo sé que en este momento eres sincera, como lo eres siempre, en todos los momentos de tu vida. Pero como tu vida es toda momentos, y tienes momentos para todo, respetando la seriedad de este momento, me permitirás que no le conceda ninguna importancia. Pasemos a otro momento de tu vida, y piensa también en serio lo que te conviene a ti, y lo que conviene a tu hijo, si es verdad que le quieres en este momento, como no le habías querido en ningún otro momento de tu vida. La Marquesa de Montalbán sólo espera que yo avise por teléfono para presentarse en tu casa. Ella, mejor que yo, sabrá convencerte. Su deseo es hacerse cargo de tu hijo, ser una madre para él. La Marquesa está sola en el mundo; el único gran cariño de su vida fué su hermano Agustín, el padre de tu hijo. Otro amor hubo también en su vida, según cuentan, y no por uno de sus iguales. La única vez que estuvo enamorada, y de qué modo, fué de un plebeyo, y de lo más plebeyo. Su familia, como es natural, se opuso con violencia, trataron de declararla loca. El único que la defendió y protegió contra todos fué su hermano Agustín, tu Marqués.

NATALIA.—¿Y esos amores?

CESAR.—Tuvieron el fin más desdichado para ella. Cuando la familia cedió por fin, cuando ella misma ofreció su corazón y su nobleza y su hermosura al plebeyo, fué el plebeyo el que huyó acobardado, y lo que es peor, despreciativo. La noble señorita enamorada le pareció sin duda en su ruin pensamiento una vulgar viciosa.

NATALIA.—¿Y no era así?

CESAR.—No. Irene de Montalbán era una revolucionaria aristocrática. Quiso restaurar el amor a su primitiva verdad. La salud, la fuerza, la corporal hermosura, la verdad del amor. ¿Pero qué hemos hecho del verdadero amor? Entre la moral, la poesía y todo género de literatura, razones económicas y conveniencias sociales, hemos invertido los valores. El verdadero amor es lo que hoy nos parece vicio, y en cambio llamamos amor a mil viciosas perversiones sentimentales que empobrecen la vida tristemente. ¿Comprendes ahora por qué Irene de Montalbán, revolucionaria aristocrática, no tiene reparo en venir a ti, y cómo sin conocerle ya quiere a tu hijo, que es el hijo de su hermano, y para ella algo más, el hijo que ella no tendrá nunca? Ese hijo de ilusión, que es sin duda el preferido de todas las mujeres, porque sin nacer nunca a la vida, vivo está siempre en las entrañas de su alma. Créeme, Natalia, sigue mi consejo, que aunque no fuera el de un buen amigo, ya vale mucho sólo por ser desinteresado. Renuncia en la Marquesa de Montalbán todos los derechos sobre tu hijo.

NATALIA.—¿A la herencia también?

CESAR.—Por favor, ahoga ese grito de tu corazón y no pases cuidado. Tu hijo heredará cuanto le corresponde. Por parte de la Marquesa no tienes que temer nada. En cuanto a los otros parientes, ya es otra cosa. Pero, en fin, con la autoridad moral de la Marquesa, siempre estarán los derechos de tu hijo mejor defendidos. ¿Me permites que avise a la Marquesa?

NATALIA.—Espera. Sí, no puedo negarme a recibirla, pero... ¿Quieres creerlo? Estoy acobardada, como no lo he estado en mi vida. ¿Estás seguro de que vendrá?

CESAR.—En cuanto yo avise, vendrá acompañada de su tío, el Duque de Santa Olalla.

NATALIA.—¿También el Duque?

CESAR.—Ese es muy campechano. Empezará por tutearte. Te abrazará, te dará palmaditas, gastará bromas contigo. Es muy campechano. Ahora, que ¡pobre del que se confíe en sus familiaridades y se permita con él la menor falta de respeto!

NATALIA.—Yo no he de permitírmelas. Oye: ¿te pa-

rece que estoy bien así o debo ponerme de negro, o siquiera algo más oscuro?

CESAR.—No. A ver. Estás bien así. Vamos, ¿qué decides?

NATALIA.—¿Qué voy a decidir? Que vengan cuando quieran.

CESAR.—Pues voy con tu permiso. *(Entra César y suena el teléfono. Natalia toca el timbre y sale Dorotea.)*

NATALIA.—Llévate esta figura allá dentro. Y estos retratos, y estos libros. Que estén al cuidado en la puerta. No tardará en venir una señora acompañada de un caballero. Sin preguntarles nada, que pasen aquí en seguida.

DOROTEA.—Está bien, señorita. *(Sale Dorotea.)*

CESAR.—*(Entrando.)* No tardarán cinco minutos en estar aquí.

NATALIA.—No creo que Gerardo tarde en volver. Sentiría... ¿Quién? Es Santiago. ¿Pero no se había ido de caza? ¡Qué oportunidad!

CESAR.—Sí que es oportuno. Pero descuida. Le echaremos si nos estorba.

ESCENA VII

Dichos y Don Santiago.

NATALIA.—Buenos días.

SANTIAGO.—¡Hum!

NATALIA.—Está aquí César.

SANTIAGO.—¡Ah! Perdona. ¿Cómo te va?

CESAR.—Delicado.

NATALIA.—¿No estabas de caza?

SANTIAGO.—¡De caza! ¿Crees tú que iba a ir yo de caza, después del articulito de anoche? ¡Para estar en ridículo! A este paso tendré que irme de Madrid, de España! ¡Si es eso lo que se han propuesto entre todos!

NATALIA.—¡Vaya! La monserga de todos los días. ¡Te advierto que como hoy no pensaba verte, no estoy preparada!

SANTIAGO.—¡Sí, búrlate, ríete de mí como siempre!

¡Claro, tú estás tan satisfecha! ¡Para ti todo lo que sea escándalo y reclamo!

NATALIA.—Oye, oye, que yo no tengo la culpa de nada. Si te ha molestado lo que dice el periódico, a mí tampoco me ha hecho maldita la gracia.

SANTIAGO.—¡No digas! ¡Si tú gozas con que demos que hablar! ¡Si las cosas se hubieran llevado con discreción, si tú no hubieras ido contándole la historia a todo el mundo!... ¡Señor! Si hasta los criados del Casino y los peluqueros y los cocheros no hablan de otra cosa. Y eso sería lo de menos. Pero mis enemigos políticos sacarán partido de todo. Mi nombre andará mezclado en este pleito que pondrá la familia, una familia aristocrática, y con ella toda la aristocracia, por espíritu de clase, se pondrá en contra mía.

CESAR.—¡La catástrofe!

SANTIAGO.—¡Eso, eso, tú lo has dicho! ¡La catástrofe! Ya puedes estar satisfecha. ¡No, si mientras haya mujeres y hombres, la ópera de *Sansón y Dalila* será eterna!

CESAR.—No te pongas así. ¡Quién hace caso de óperas!

SANTIAGO.—César de mi alma, tú que tienes tan buen sentido, tú que conoces el mundo y las gentes, y este Madrid, y conoces mi situación difícil, y entras en todas partes, y oyes a unos y a otros, dime si no tengo razón.

NATALIA.—¿Pero qué querías que hiciera yo, vamos a ver? ¿Querías que yo hubiera renunciado a todo, a presentar a mi hijo como heredero de su padre? ¡Como si eso pudiera hacerse! ¡Para que mi hijo el día de mañana viniera a pedirme cuentas con sobrada razón! ¡Como si yo tuviera derecho a dejar perder lo que no es mío! ¿Es eso lo que tú querías? Porque si no es eso, no sé yo cómo iba a evitarse que todo el mundo se enterara de todo. Y mira, Santiago, ya estoy harta de oírte siempre lo mismo. Y si crees que soy yo quien te perjudica, por mí, punto y aparte. Ni yo te debo, ni tú me debes. En media hora está hecha la cuenta. Siquiera viviré tranquila lo que me quede de vida. ¡Señor! Y por mí que te hagan ya siete veces ministro, que yo iré al Congreso a

oír lo que te dicen y lo que tú contestas, que será más gracioso.

SANTIAGO.—¡Las mujeres! ¡Esto son las mujeres! Con ellas no hay nunca término medio. Hacen de tu vida una tragedia o un sainete. O te llevan al precipicio o te ponen en la picota.

CESAR.—Si yo fuera dueño de la situación, después de oírte, no dudaría en llevarte al banco azul. Pero hablemos con juicio, Santiago. ¿De qué te quejas? Si lo que te sucede a ti me recuerda lo que me sucedía a mí de pequeño en mi casa. Yo me criaba delicaducho, y siempre que mis hermanos iban a paseo, al teatro, a cualquier fiesta, yo tenía que quedarme en casa. Yo rabiaba y pataleaba, y por consolarme, todos eran a comprarme dulces, juguetes, a contentarme de todas maneras. Pues a ti te sucede lo mismo. No te harán ministro, pero hijo mío, muchos años dure. Porque con eso de que no pueden complacerte, no hay cambio de situación, ni crisis ministerial de que tú no saques alguna ventajilla. Senador vitalicio, Consejero de esto o de lo otro, grandes cruces y en el distrito cuanto pides. Como que todos los que no estaban de tu parte han tenido que emigrar, porque les habías hecho la vida imposible. De modo que tu feudo es hoy una balsa de aceite, con muy poco aceite, es verdad, el de tus olivares nada más. Pero como una balsa. ¿Y te quejas todavía?

SANTIAGO.—Ríete tú también. ¡Hasta los íntimos!

NATALIA.—Si todos tomáramos el mundo como César, como debe tomarse, a broma...

SANTIAGO.—A todo esto, ¿ha habido alguna novedad? ¿Llegó el heredero?

NATALIA.—¡Para qué voy a decirte nada! ¡Para disgustarnos! Ya hablaremos cuando estés más tranquilo. Ahora vas a hacerme el favor de marcharte, y por la escalera de servicio.

SANTIAGO.—¿Sí? ¿Qué ocurre?

NATALIA.—Nada. Que yo estoy mejor relacionada que tú, para que presumas. Que dentro de unos minutos estarán aquí, en mi casa, la señora Marquesa de Montalbán y el señor Duque de Santa Olalla. ¡Nadie!

SANTIAGO.—¿Es posible?

NATALIA.—Para que veas que no soy yo quien asusta a la gente.

SANTIAGO.—Esto es cosa tuya.

CESAR.—Te aseguro que no.

SANTIAGO.—Bien. ¿Pero esa visita, es de paz o de guerra?

NATALIA.—Para guerra me parece que no se molestarían en venir. De paz y muy de paz.

SANTIAGO.—¿Qué dices tú, César? Si esto se sabe, ¿no será peligroso? ¿No habrá alguna incorrección en todo esto?

CESAR.—Si hay incorrección, ya la corregiremos. *(Entra Dorotea.)*

DOROTEA.—Señorita, señorita; esos señores ya están ahí.

NATALIA.—Ya lo oyes.

SANTIAGO.—¿No dirás ninguna imprudencia?

NATALIA.—¿Me irás a enseñar tú a tratar con la grandeza?

SANTIAGO.—En ti confío.

CESAR.—No hay cuidado. Las mujeres están siempre a la altura de las circunstancias. *(Sale Santiago.)*

ESCENA VIII

Natalia, César, la *Marquesa de Montalbán* y el *Duque de Santa Olalla.*

CESAR.—Irene, Duque...

NATALIA.—Señora, ¡tanto honor!

IRENE.—Saludo a usted.

NATALIA.—Señor Duque...

DUQUE.—Nosotros ya nos conocemos. De Biarritz, de París, no sé de dónde, pero no es la primera vez...

NATALIA.—Tomen ustedes asiento. ¿Dice usted, señor Duque?... Yo no recuerdo haber tenido ese honor antes de ahora.

DUQUE.—Sí, sí, hija mía, yo recuerdo. A mi edad es una impertinencia fijar fechas, porque nunca son agradables. Se remontan, se pierden...

NATALIA.—Aquí estará más cómodo el señor Duque.

DUQUE.—No te molestes, hijita. Perdona, tengo la costumbre de tutear a todo el mundo. El usted sólo me parece propio para enfadarme. Vejeces, rarezas.

NATALIA.—Entonces, quiero esperar que me tuteará usted siempre.

DUQUE.—No hago más que darle vueltas dónde nos vimos. Fué en una fiesta. De eso me acuerdo. Mujeres, músicas, locuras. ¡Ah, no, no eras tú, perdona! ¡Qué memoria! ¡No eras tú! Es que a mí todas las mujeres guapas me parecen la misma.

IRENE.—Entretenga usted a mi tío. De otro modo no acabaremos nunca.

DUQUE.—Para mí no hay más que dos tipos de mujer: las guapas, que ya digo, me parecen todas la misma; y las feas, que no me parecen mujeres. ¡Rarezas, vejeces!

CESAR.—Con permiso, Duque. ¿Hace mucho que no va usted por casa de Hilario? Creo que ha recibido cosas magníficas. En porcelanas, sobre todo.

DUQUE.—No me hables de Hilario, querido César. Desde que me engañó con los esmaltes... No, eso no, aunque él tenga la costumbre de engañar a todo el mundo, a mí no debía engañarme. Conmigo, no, conmigo, no.

CESAR.—No sabía... ¡Cuénteme usted, Duque, cuénteme usted! ¡Ese Hilario!

NATALIA.—Señora...

IRENE.—Hay que perdonarle. Como dicen en Inglaterra, está ya un poco distraído. Siéntese usted. Supongo que nuestro amigo Estévez le habrá a usted anticipado...

NATALIA.—Sí, el deseo de usted. Por cierto, usted perdone. *(Toca el timbre y entra Dorotea.)* En cuanto vuelva el señorito Gerardo, que venga aquí, él solo.

DOROTEA.—Está bien, señorita. *(Sale.)*

NATALIA.—Ha salido a dar un paseo. No tardará Si yo hubiera sabido antes...

IRENE.—Esperaremos. César le habrá dicho a usted también...

NATALIA.—Sí, señora. Lo que usted quería a su hermano.

IRENE.—Lo que debo querer a su hijo. Por eso, cuan-

do todos en mi familia, no debo ocultarle a usted nada, se disponen a luchar contra usted por todos los medios, hay que estar prevenidos; yo sola estoy dispuesta a defender a su hijo contra todos. Yo no puedo dudar como ellos. Entre mi hermano y yo no hubo nunca secretos. Se sorprendería usted si yo le contara intimidades, cosas que usted tal vez haya olvidado. Mi hermano se acordaba siempre de usted. Pocos días antes de casarse me hizo depositaria de sus recuerdos. Entre esos recuerdos, aún guardo algunas cartas de usted, algún retrato.

NATALIA.—¡Dios mío! No quiero pensar en lo que puedan decir...

IRENE.—Lo que se dice siempre en esas cartas. Yo no me asustaba al leerlas. Soy poco asustadiza ¿Mi hermano no le había hablado a usted nunca de mí?

NATALIA.—No me hablaba nunca de su familia. Yo tampoco le preguntaba nunca. Me he creído siempre indigna de nombrar a ustedes entre nosotros.

IRENE.—No está mal.

NATALIA.—Y agradeciendo a usted el honor de ver a usted en mi casa, sentiría que pudiera costarle a usted la menor violencia. Yo hubiera mandado a Gerardo a su casa de usted, con César mismo, con quien usted hubiese deseado.

IRENE.—No. He preferido verle yo antes. No quería verle en mi casa hasta no estar segura de que será para permanecer en ella. Suponga usted que al verle... no quisiera asustar a usted. ¿De veras no ha oído usted nunca hablar de mí?

NATALIA.—Lo que se habla en Madrid de toda persona conocida. De usted, sólo alabanzas.

IRENE.—Es posible. Dicen que soy muy orgullosa. No lo sé. Me sucede que soy muy apasionada en mis juicios. Si puede llamarse juicio a decidir siempre por la primera impresión. Persona que no me sea agradable a primera vista, me será siempre aborrecible. Y para obstinarme en esta regla de conducta, debo advertir que me he engañado muy pocas veces. La expresión de la mirada, un gesto cualquiera, una inflexión de voz, bastan para determinar mi simpatía o mi antipatía. En este ins-

tante mi corazón está abierto a la simpatía. Tiemblo de impaciencia por conocer a ese niño. A pesar de todo, si al verle viera algo en él que me disgustara, no podría vencer mi repulsión, y sería inútil que pretendiera disimularlo, porque no sé mentir.

ESCENA IX

Dichos, Dorotea y *Gerardo* con un ramo de flores.

DOROTEA.—Aquí está el señorito.
NATALIA.—Ese es mi Gerardo.
IRENE.—¡Ah, sí!
NATALIA.—Acércate, saluda.
GERARDO.—¿Cómo están ustedes?
IRENE.—Es el niño, tío, es el niño.
NATALIA.—¿Quién te ha dado estas flores?
GERARDO.—Las he comprado para usted.
NATALIA.—¡Qué fina es tu tía! Ha sido ella, ¿verdad?
GERARDO.—No, señora, he sido yo. Como me dió usted dinero, eran tan bonitas... Tenga usted.
NATALIA.—No, para mí, no. Ofréceselas a esta señora. Esta señora te quiere mucho.
IRENE.—Sí, hijo mío. Voy a quererte mucho. Es de los nuestros, ¿verdad, tío?
DUQUE.—Sí, sí. Parece un Van-Dyck. Mejor dicho, un Van Loo. Me recuerda mucho un Van Loo que yo tengo. Un principito de la casa de Parma. Finura de líneas, raza.
IRENE.—¿Llevas traje de colegial?
GERARDO.—Sí, señora.
NATALIA.—¡Horrible!
IRENE.—No. Le hace más aniñado. Estos ojos, sí. La misma dulzura triste. Le quiero. Dame un beso y anda, anda a jugar. Cuando yo tenía tus años me aburrían mucho las visitas. Tenemos que hablar de cosas tristes, fastidiosas. Mírame antes. También tú has de quererme.
NATALIA.—Anda, Gerardo. Despídete.
GERARDO.—Queden ustedes con Dios. Para servir a ustedes. *(Sale Gerardo.)*
DUQUE.—Es gracioso.

NATALIA.—El pobre aún no sabe. Aún está asustado.

IRENE.—¿Le habrá a usted dicho César mi propósito?

NATALIA.—Sí, señora.

IRENE.—¿Acepta usted?

NATALIA.—¿Cómo no aceptar? Yo sé que soy indigna de ser su madre, y con usted es, para bien suyo, su felicidad.

IRENE.—No se aflija usted. No es mi intención separar a usted para siempre de su hijo. César le dirá a usted lo que hemos hablado acerca de esto.

CESAR.—Sí, sí. Todo se resolverá a satisfacción. Tu hijo vendrá a verte los días que tú designes.

NATALIA.—Cuando ustedes dispongan. Yo, nada exijo. Nada pido.

DUQUE.—Eso no. Puede venir una vez al mes, a la semana, eso. Nosotros sólo quisiéramos que ese día, vamos, que ese día fuera... ¿cómo diré yo? Como esos días de los teatros, un día blanco. ¿Comprendes la idea?

NATALIA.—Sí, sí, comprendo.

IRENE.—¡Por Dios, tío! ¡Perdone usted!

DUQUE.—Yo soy muy claro. Hay que decir lo que se piensa. Después son los disgustos. Mi padre lo decía siempre. La peor verdad sólo cuesta un gran disgusto; la mejor mentira cuesta muchos disgustos pequeños, y por fin el disgusto grande. ¡La verdad, la verdad siempre!

IRENE.—Entonces, por mediación de nuestro amigo, espero que muy pronto... yo soy muy vehemente, pero no quiero imponer a nadie mi vehemencia. Será cuando usted quiera. Piense usted sólo lo que conviene a su hijo. Y adiós.

NATALIA.—Adiós, señora, y gracias con todo mi corazón. Gracias.

DUQUE.—Mi sobrina, un ángel. Hay corazón. Es como mi padre, como yo. Otra raza. Ahora no. Mezquindad, ramplonería. Ahora no. Salud, hijita, salud. ¿Vamos, Irene?

IRENE.—César...

CESAR.—Yo salgo también con ustedes. *(Salen todos. A poco vuelve Natalia, toca el timbre y sale Dorotea.)*

NATALIA.—Tráeme a mi hijo.

ESCENA X

Natalia y Gerardo.

GERARDO.—¿Me llamaba usted?

NATALIA.—Sí, hijo mío. ¿Nunca vas a llamarme como yo quiero?

GERARDO.—Sí, mamá.

NATALIA.—Hijo mío. ¿Has paseado? ¿Qué has visto?

GERARDO.—Muy bonito todo. El paseo, las calles. ¡Cuánta gente!

NATALIA.—Dime, Gerardo, ¿qué piensas tú de todo esto que te sucede? ¿Qué crees tú?

GERARDO.—No sé. Lo que me dicen... que se ha muerto mi padre... Que me han traído a esta casa, que es de usted... que ya no volveré al colegio, ni estaré con mi tía.

NATALIA.—Sí, todo eso. Pero hay algo que debemos decirte, que soy yo quien debo decírtelo, para que sepas... Sí, ya eres un hombre, es mejor que lo sepas todo por mí. Verás, es como un cuento. Yo era muy joven, mis padres eran de clase humilde, artesanos. Vivíamos muy pobremente. Se enamoró de mí el hijo de unos marqueses, unos señores muy ricos, muy nobles, como esa señora y ese caballero que estaban aquí. Verás: como yo era muy pobre y él era muy rico, sus padres no querían que se casara conmigo. Pero él me quería mucho... Pero sus padres... no podíamos casarnos... Pero nos queríamos tanto, que naciste tú sin... De modo que tu padre después se casó con otra mujer, porque le obligaron sus padres, y yo tuve que separarme de ti..., y por eso...

ESCENA XI

Dichos y Paco Utrillo.

NATALIA.—Miserable, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Cómo has podido entrar en esta casa? Vete, vete o...

PACO.—Calma, calma. No alborotemos. En tu casa entro yo siempre que quiero. Aún tengo quien me sirva

en ella. No todos me han olvidado. He venido a conocer a tu hijo. Nuestro hijo, aunque tú no quieras.

NATALIA.—¡Calla, calla!

GERARDO.—¿Qué dice este hombre?

NATALIA.—¡Calla, o soy capaz!...

PACO.—Ya lo sé de lo que eres capaz. Pero esto mismo que te digo aquí, lo sabrá todo el mundo y el primero...

NATALIA.—¡Calla, calla! ¡No hablarás! ¡Calla, calla! ¡Dorotea! ¡Joaquín! Aquí todos. *(Aparecen Dorotea, Demetria y varios criados por diferentes puertas.)*

DEMETRIA.—¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?... ¡Gerardo!

DOROTEA.—Señorita, ¿qué es?... ¿Qué sucede?

PACO.—No hay que alborotarse. Ya me voy. No venía más que a verle. Ya le he visto. No ha ocurrido nada. Dejen paso. *(Sale.)*

NATALIA.—¿Quién ha dejado entrar a ese hombre en mi casa? ¿A quién ha comprado? ¿Quién ha sido? ¡Todos iréis a la calle, a la calle todos!

DOROTEA.—Yo no he abierto la puerta.

CRIADO 1.º—Yo no se nada.

CRIADO 2.º—Usted tiene que haber sido.

NATALIA.—*(Dentro.)* Está una vendida en su casa. Basta de explicaciones. A la calle, a la calle.

DOROTEA.—*(Dentro.)* Señorita, que yo no sé nada.

CRIADO 1.º—Yo no estaba en la puerta.

CRIADO 2.º—Pues yo tampoco.

ESCENA XII

Demetria y Gerardo.

DEMETRIA.—Hijo mío, ¿te has asustado? ¿Qué tienes?

GERARDO.—¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué casa es ésta?

DEMETRIA.—¿Esta casa? La casa de tu madre. ¿No lo sabes?

GERARDO.—Yo no quiero estar en esta casa.

DEMETRIA.—¡Eso es lo mismo que decir que no quieres a tu madre! ¿Es eso?

GERARDO.—¡Eso no, eso no! ¡Pero yo no quiero estar en esta casa! ¡No quiero estar en esta casa!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala elegante.

ESCENA I

El Duque de Santa Olalla, Baltasar y después *Martín.*

DUQUE.—¿Pero no está?

BALTASAR.—No puedo decirle a vuecencia. Acabo de entrar de servicio y aún no he recibido órdenes. Martín ha ido a preguntar.

DUQUE.—A estas horas no creo... *(Entra Martín.)*

MARTÍN.—La señora Marquesa está con los profesores del señorito. Me ha dicho que haga el favor de esperar el señor Duque.

DUQUE.—Muy bien, muy bien. ¡Con los profesores! ¡Pobre muchacho! Le llenarán la cabeza de mil cosas inútiles, vanas. Me sentaré. ¿Tenéis por ahí algún periódico?

BALTASAR.—No, señor Duque. No hay periódicos. La señora Marquesa ha mandado que no se traiga ninguno en estos días.

DUQUE.—¡Caramba! Mi sobrina inquisitorial. ¡La desconozco! Antes parecía esto la sala de lectura de un Casino. Mi sobrina, siempre de extremo a extremo. ¡Vehemencia, desequilibrio!

BALTASAR.—La señora Marquesa tiene sus razones, señor Duque. Los periódicos hablan de cosas...

DUQUE.—¡Ya, ya!

BALTASAR.—Anoche mismo, "El Informador"...

DUQUE.—¿Anoche, "El Informador"?... ¡He de verlo, he de verlo!

BALTASAR.—Si vuecencia tiene interés, creo tenerlo aquí... ¿Dónde lo habré dejado?

MARTIN.—Yo tengo aquí otro.

BALTASAR.—Aquí está el mío.

DUQUE.—¡Vaya! Veo que la prohibición ha producido los naturales frutos de toda prohibición, desde aquella del Paraíso.

BALTASAR.—Mira no venga la señora Marquesa. Por Dios, señor Duque, que no sepa la señora Marquesa...

DUQUE.—No hay cuidado. Luego lo leeré. ¿Dónde está, dónde está eso? ¡Ah! "La herencia de un Marqués." "Escándalo en perspectiva." A cualquier cosa llaman perspectiva. "Pleito ruidoso en puerta." Son el diablo. (*Distraído va a guardarse los dos periódicos.*)

BALTASAR.—Si a vuecencia le basta con leer uno... Dicen lo mismo.

DUQUE.—Es verdad. No quiero privaros. . Supongo que esta lectura será la comidilla de escaleras abajo. En mis tiempos no sabíais leer y vivíamos todos más tranquilos. Ahora hasta puede que tengáis voto.

BALTASAR.—Un servidor de vuecencia, sí lo tiene, señor Duque. Mi voto está siempre a disposición de la señora Marquesa, que siempre me manda votar a quien desea el señor Duque.

DUQUE.—Muchas gracias, muchas gracias. Me has dado una lección.

BALTASAR.—Señor Duque, yo nunca podría permitirme...

MARTIN.—La señora Marquesa.

ESCENA II

Dichos y la *Marquesa Irene.*

IRENE.—Querido tío...

DUQUE.—Sobrina queridísima.

IRENE.—Que pongan en orden el cuarto de estudios del señorito Gerardo. ¿Concluyó el electricista?

BALTASAR.—Sí, señora Marquesa.

IRENE.—Encárgate tú de todo, Baltasar. Quiero que seas tú quien sirva siempre al señorito.

BALTASAR.—Como mande vuecencia. ¿Vuecencia manda algo más?

IRENE.—Nada más, Baltasar. *(Salen Baltasar y Martín.)* No nos hemos visto en muchos días. ¿Qué ha sido de ti?

DUQUE.—No quieras saberlo. ¿No te han sonado los oídos? Conferencias, entrevistas... ¡El demonio! Están furiosos contigo. Sobre todo tu hermana Felisa, y el suave de su marido, que no se mete en nada, no quiere mezclarse en nada, según dice, y es el de más cuidado. A estas horas trae revuelta a toda la curia. Tu hermana, no quieras oírla, con su vocabulario de rompe y rasga. ¡Goyesca, goyesca! ¡No hay que olvidar al majadero de José María! ¡El señor Sabelotodo, el abogadito! Al encontrarse heredero del marquesado de su tío y sin más positiva herencia, y eso que el título en sus manos pronto será dinero efectivo. Ya buscará él alguna heredera rica, de esas que se perecen por ser nobles.

IRENE.—No podía recaer el título en persona más antipática de la familia. Pero siento decirte, querido tío, es decir, no, tengo una satisfacción en comunicarte que tus noticias son atrasadas. Estarán todo lo furiosos que tú dices, pero han parlamentado. Esta misma tarde los espero aquí a todos a tomar el te.

DUQUE.—¿Van a venir, dices?

IRENE.—Sí, tío, sí. Felisa, su marido, las chicas, José María también, los más agraviados.

DUQUE.—¿En son de paz?

IRENE.—¿Qué han de hacer?

DUQUE.—¡No te fíes! Maquiavelismos de Isidoro, tu [illegible]ado. Ese, cuando ve que las cosas no van bien de [illegible], se bate en retirada, espera mejor ocasión, da un [illegible] vuelve al ataque. ¿Tú crees que ellos van a perdon[illegible] actitud, que ha venido a colocarles en situación [illegible]ntajosa para entablar el pleito? Al traer ese niño [illegible] casa, has reconocido todos sus derechos. Nadie co[illegible]ferida siempre por tu hermano, confidente su[illegible] de todas sus andanzas amorosas, podía disip[illegible]spechas de que ese niño no fuera en efecto [illegible]rmano. Sin ti, no pueden ir al

pleito decorosamente. Pero ya tratarán de convencerte por todos los medios. ¡Ya verás, ya verás!

IRENE.—El pleito hubiera sido vergonzoso para todos. ¿Qué pretendían? ¡Revolver cieno, arrojarlo sobre vivos y muertos! ¿Creen que si yo dudara de la verdad, sólo por vengar antiguos agravios en todos ellos, me hubiera hecho cómplice de una usurpación, de un robo, porque no tendría otro nombre? ¿Quién de ellos puede decir que me aventaja en respetar la nobleza de nuestra sangre? ¡Todos hicieron comercio de ella en alianzas interesadas, con abdicaciones y bajezas! No son las barras de bastardía, que dicen amor, las que manchan nuestros escudos, son el oro y la plata, cuando dicen matrimonio de conveniencia o especulación vergonzosa, los que infaman y bastardean. ¡Campo de armiño lleva mi escudo y solo con sangre nuestra debe mancharse, para ser blasón nuevo! Porque esa sangre, legítima o bastarda, sólo dirá sobre la blancura una lealtad o un amor, ¡nobleza siempre!

DUQUE.—¡Bravo, sobrina, bravo! Dices bien. Tú sola puedes ostentar con orgullo ese blasón de nuestras armas: Campo de armiño. Los demás, quién más, quién menos, yo el primero, todos lo hemos enlodado un poco. ¿Pero de veras, tú crees que hayan desistido del pleito? Mira que yo sé...

IRENE.—Sabrás lo mismo que yo. De unas supuestas cartas que han venido a ofrecernos como prueba irrefutable. Comprenderás que semejantes ofrecimientos son siempre sospechosos.

DUQUE.—No obstante, no obstante, convenía tom[illegible] lo todo en consideración. Ese sujeto es un pillo, no [illegible] be duda, pero todos están de acuerdo en que deb[illegible] muchas cosas. El pobre Agustín fué siempre m[illegible] roso. Se dejaba llevar de cualquiera. Era m[illegible]

IRENE.—Como todas las almas genero[illegible]

DUQUE.—Sí, sí. Conformes.

IRENE.—No hay nada más plebe[illegible] descon-fianza.

DUQUE.—Conformes, sí, co[illegible]adre lo decía siempre. La desconfianza [illegible] de los anima-

les inferiores. No obstante, no obstante, sería conveniente...

IRENE.—Ya le he encargado a César que procure averiguar... informarse. César conoce a ese sujeto, hablará con él.

DUQUE.—César, César... Muy bien, muy bien. César conoce el mundo. Lo que él no averigüe... Has tenido una buena idea. Una idea excelente.

IRENE.—No quiero que puedan decir de mí nunca que obstinada en mi certidumbre me niego a la evidencia. ¿Pueden probar que estoy engañada? Pues vengan esas pruebas. Yo les aseguro que si la razón y la justicia están de su parte, de su parte me tendrán para defender con ellos su derecho.

DUQUE.—Así quiero oírte. Tú no sabes, Irene, tú no sabes. La difamación, la maledicencia.

ESCENA III

Dichos, Martín y después *César.*

MARTIN.—Con permiso de vuecencia.

IRENE.—¿Quién es?

MARTIN.—Don César Estévez. *(Sale Martín y entra César.)*

CESAR.—Irene, Duque,..

IRENE.—¿Qué noticias, César, qué noticias? ¿Ha hablado usted con ese hombre?

CESAR.—Hablar, sí.

IRENE.—¿Y esas cartas?

CESAR.—Existen. Las cartas originales y fotografiadas. Utrillo es un artista. Verdad es que hoy ese arte se ha vulgarizado mucho. Con las novelas, los dramas policíacos y el cinematógrafo...

IRENE.—¿Pero la opinión de usted? La verdad.

CESAR.—¿Quién puede saberla? Atengámonos a una de estas tres aserciones: que esas cartas sean falsificadas, que sean verdaderas y la más difícil de comprobar, que siendo verdaderas, no sea verdad lo que dicen.

DUQUE.—Eso, eso. Muy bien, muy bien. Esas mujeres engañan siempre. Tienen dos, tres amigos; escriben a

todos lo mismo: "Tú, sólo tú." ¿No es eso? ¿A quién dicen verdad? Histrionismo, simulación.

IRENE.—Sí, sí. Yo me avergüenzo de haber dudado. ¿Qué verdad puede llegar por tan malos caminos? ¡Perdone usted, César, perdone usted! Me basta con mirarle a usted para comprender su disgusto.

CESAR.—No, Irene, no. Le aseguro a usted que la entrevista ha sido muy interesante. Tanto, que yo desearía que hablara usted con ese hombre.

IRENE.—No, eso no. Basta ya, basta. Sólo el tratar con esa gente, envilece.

CESAR.—¡Ay, amiga mía! Es que usted no sabe. Es que sólo usted puede evitar que esas cartas caigan en otras manos. Y yo me atrevo a aconsejar a usted que procure evitarlo a cualquier precio.

IRENE.—¿Usted me aconseja, usted cree?...

CESAR.—No tema usted nada. El hombre está razonable. Yo mismo le traeré. Hablaremos aquí y no dudo que nos entenderemos. Le amenaza un proceso. Cuentas atrasadas. El tiempo apremia y sólo exigirá lo preciso para ponerse en salvo. Dspués hay tiempo de examinar con calma esas cartas y decidir en consecuencia. En manos de otras personas no serán la verdad, pero serían el escándalo. Confíe usted en mí.

DUQUE.—Sí, confía en César. Es un amigo, un amigo admirable. Ya no los hay, no los hay.

IRENE.—Amigo, sí. El más ideal. El más desinteresado.

CESAR.—¡Pobre de mí! Tampoco tengo otra profesión. Claro, que para ejercerla como yo la ejerzo, es preciso sacrificarlo todo como yo lo he sacrificado. Porque la primera condición de la amistad, es ser siempre desinteresada. Así yo, relacionado con todo Madrid, que al pasear por sus calles saludo en media hora a un Duque, a un prestamista, a un torero, a un personaje político, a una mujer hermosa y elegante, y a otra que lo fué en tiempos, al vendedor de periódicos y al cochero de punto; yo, que he pedido a todos los de arriba, para favorecer a todos los de abajo, para mí nunca he pedido nada. Yo, que nunca me he disgustado con nadie, he sido componedor de todos los disgustos. Yo, que he sido confiden-

te de todos los amores, no he sabido lo que era un amor en mi vida. Cuántas mujeres me habrán dicho: ¡Si él fuera como tú! Y cuando todas deseaban que él fuera como yo, yo no he sido ese él nunca. Y ha sido mi vida pasear por la vida. Como suele decirse: un paseante en Corte. Y de la Corte he paseado por sus calles y por sus almas. ¡Todos me conocen y no me habrá conocido nadie! ¡Todos saben quién soy y nadie sabrá cómo he sido! Y un día cualquiera, así también, como de paseo, me iré para siempre. Y aquella noche en el Casino, entre dos jugadas de bridge o de tresillo, alguien se parará de pronto para decir: ¿No saben ustedes a quién hemos enterrado hoy? Sí, a César Estévez. Yo he sentido no poder ir. Pero la verdad, a esas horas... Y otro dirá: Yo también hubiera tenido muchos gusto—¡es una atrocidad, pero hay quien lo dice!—. Y se hará un silencio, no por mí, sino de miedo a la muerte. Pero seguirá la partida, y no se hablará más del amigo. Y pasados tres, cuatro días, ¡quién se acordará de el! El golfillo, acaso, que le asediaba, pedigüeño, todas las noches, y echará de menos los céntimos diarios, la pesetilla extraordinaria. Acaso allá, en el rincón de algún café madrileño, refugio amable en mis horas de abatimiento, un perro lanudo, que echará de menos también los terrones de azúcar de aquel buen parroquiano que solía acariciarle al ofrecérselos, con simpatía de semejante. Porque como para él, también fueron la única dulzura de mi vida los terrones de azúcar que sobraron en la dulce vida de los felices.

DUQUE.—Muy bien visto, César, muy bien visto. Usted conoce el mundo, las gentes.

IRENE.—¿Lo ve usted, César? Hoy está usted triste, y es mía la culpa. Ha hablado usted con ese hombre y ha vuelto usted con la tristeza que traemos siempre que nos asomamos a las miserias de la humanidad. Y aún hay miserias que, al contemplarlas, espolean, exaltan nuestras energías espirituales. Quisiéramos remediarlas y nos sentimos capaces de ello, con generoso impulso. Pero esas otras miserias, que son honda maldad del alma, deprimen, angustian por irremediables. ¡Qué hombre es ese que quiere persuadirnos de una verdad, que él contradice con su conducta! ¡Dice que es padre, y no duda en

hacer desgraciado a su hijo! Porque imagine usted que yo creyera, que yo pudiera creer... ¡No! ¡Pobre niño! ¡Cómo puedo dudar! ¡Ahora que le tengo cerca de mí, cada día, cada hora, le hallo más parecido a mi hermano! ¡Y es tan bueno, tan cariñoso!

CESAR.—¡Y le quiere usted tanto, que esa verdad es ya más fuerte que todo! ¿No es eso, Irene?

IRENE.—Es que yo estoy segura de que si no fuera el hijo de mi hermano, no podría quererle de este modo.

DUQUE.—Sí, sí. Muy hermoso. El instinto, la voz de la sangre. Pero no basta que creas tú sola; hay intereses sagrados. Hay el respeto a la familia, hay gente que duda y hay gente que en la duda se echa a pensar, y piensa cosas...

IRENE.—¿Qué pueden pensar? ¡Que mi hermano fué engañado, que yo me dejé engañar como él!

DUQUE.—¡Pobre Irene, pobre! ¡Como todas las mujeres, cuando os creéis más fuertes es cuando estáis más entregadas a vuestra propia debilidad! Yo no quisiera decirte... César, amigo César, usted que anda por el mundo, usted que oye, usted que sabe, dígale usted a Irene lo que se atreven a pensar, lo que dicen.

CESAR.—Nunca me atrevería a repetirlo.

IRENE.—¿Por qué no, César? ¿Es de mí de quien se murmura? Se calumnia, tal vez.

DUQUE.—De tí; eso, eso. No ignoras que entre el vulgo, entre nuestra sociedad, que también tiene su vulgo, alrededor de tu nombre y tu carácter se ha formado una leyenda.

IRENE.—La leyenda de mi orgullo.

DUQUE.—Eso, eso. Y la de una novela de amor que hubo en tu vida. Una novela de amor desigual, imposible. La gente relaciona y comenta. Y de aquella novela, suponen que procede esta historia. ¿Lo entiendes? Para que ese niño pudiera algún día vivir a tu lado, en tu casa, heredar tu patrimonio, tu hermano, que te quería mucho, le reconoció como hijo suyo y de esa mujer, que era entonces su buena amiga, y que no dudó en prestarse al engaño. Porque ese niño era... Ya lo sabes, eso dicen.

IRENE.—¿Ah, eso dicen? ¿Lo dicen? ¡Que es mi hijo, mi hijo! ¿Y dicen también que soy orgullosa? ¿Y creen

que si fuera mi hijo, un hijo mío, lo hubiera yo ocultado? ¿Qué idea tienen del orgullo? Si ahora es cuando yo, que a pesar mío no estaba segura de la verdad, estoy por aceptar esa calumnia para afirmarla en mi corazón como única verdad de mi vida. ¡Y gritarla tan alto, que nadie pudiera dudar de ella, hasta convencerme yo misma, antes de que todos estuvieran convencidos! Y para asombrar a la misma calumnia, aún traería a mi casa otros hijos abandonados, hijos del vicio, hijos del crimen, hijos de la miseria, y de todos diría: ¡Vedlos, también éstos son míos! No es uno solo, como decíais; son muchos, muchos... ¡Toda mi vida de hipócrita depravación que no sospechabais! ¡Esta es la verdad a que no llegaron vuestras calumnias! ¡Que hasta para concebir el mal sois cobardes! ¿No decíais que soy tan orgullosa? ¡Qué sabéis vosotros de mi orgullo! ¡Este es mi orgullo, éste! ¡Que antes se espantaría el mundo de mi verdad, que yo de las calumnias del mundo entero!

DUQUE.—Exaltación, desvarío. No hay remedio, César, no hay remedio. Luchará contra todos, pero no desistamos. *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR.—Con permiso. El señorito Gerardo pregunta si puede ver a la señora Marquesa.

IRENE.—Sí, sí. Que venga cuando quiera. *(Sale Baltasar.)* Ya ve usted, César. Ya lo has oído. Yo no le he dicho nada, y nunca se atreve a venir donde yo estoy sin pedirme permiso. Delicadezas que nadie le ha enseñado, ¿no son indicios de su buen natural?

ESCENA IV

Dichos y Gerardo.

GERARDO.—Mamá Irene.

IRENE.—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

GERARDO.—¿Estás triste?

IRENE.—No. ¿Por qué?

GERARDO.—¡Me has besado de un modo! Como si no me hubieras visto en mucho tiempo, como si te despidieras de mí.

IRENE.—No, al contrario. Estoy muy contenta. Mira quién está aquí. Tus mejores amigos.

GERARDO.—Don César... Señor Duque...

DUQUE.—Señor Duque, señor Duque. El caso es que yo no sé decirte cómo has de llamarme. ¿Por mi nombre? ¡Soy tan viejo! ¿Tío Mauricio? ¡No me parece propio! ¡Abuelo, me horripila, por lo mismo que pudiera serlo! De modo que llámame como tú quieras.

GERARDO.—No, señor, no. Como quiera usted.

IRENE.—¿Has arreglado tus libros?

GERARDO.—Sí. Ya los he visto todos. Qué difíciles deben ser.

IRENE.—¡Pero tú ya sabes muchas cosas! Has estudiado mucho. Aquí no quiero que estudies tanto.

DUQUE.—No, no. ¡Pobrecillo! Debes hacer gimnasia, tirar a las armas, montar a caballo...

GERARDO.—A caballo ya sé montar.

IRENE.—Vean ustedes. ¿También os enseñaban en el colegio?

GERARDO.—En el colegio, no. Un compañero era hijo del coronel del regimiento de caballería que hay en Moraleda, y nos llevaba al picadero del cuartel, y allí aprendimos. Nos enseñaba un sargento. Había unos caballos muy bonitos, y algunos muy malos. A mí me gustaba mucho ir al cuartel.

CESAR.—¿Te gustaría ser militar?

GERARDO.—Eso no. Mandan mucho.

IRENE.—¿Y a ti no te gusta que te manden?

GERARDO.—Que me manden, sí; pero es que mandaban de un modo... Una mañana, me acuerdo, estábamos en el patio, y de pronto oímos unos gritos. Gritaba el teniente, gritaban los sargentos, todos gritaban muy enfadados. Creímos que pasaba algo. Preguntamos, y era que iban a comer el rancho. Yo creo que para comer el rancho no había que dar tantas voces.

DUQUE.—¡Hum, hum! Espíritu crítico, indisciplina. ¡No me gusta, no me gusta!

CESAR.—Es que tú no sabes que hay quien no sabría obedecer si no le mandaran de ese modo. ¡La cortesía se parece tanto a la timidez! Pero mira tú, esa disciplina del cuartel que a ti te parecía tan dura, es la mejor

enseñanza para la vida, porque la vida sí que no suele gastar maneras muy delicadas para imponernos un castigo o afligirnos con un dolor.

IRENE.—¿No has pensado nunca lo que te gustaría ser?

GERARDO.—Hay tantas cosas. Me gusta mucho todo lo que es de maquinaria. El tren, los automóviles, los aeroplanos. Eso sí que es bonito. ¡Volar, volar muy alto!

IRENE.—¿Volar? ¿No te asusta?

GERARDO.—Yo creo que no me asustaría. Y en el cielo no es como por la tierra. No hay cuidado de tropezar con nadie.

DUQUE.—Tienes razón. Yo creo que nos tropezaremos muy pocos. ¡Diablo de chico!

CESAR.—¿Va mucho a casa de su madre?

IRENE.—Algunas veces. Y siempre vuelve más triste. Si por mí fuera... ¡Pero cómo prohibirle que vaya!

CESAR.—No se preocupe usted. Dentro de muy poco tiempo será ella la que no tenga ningún interés en esas visitas. Ahora es la novedad, la situación dramática. Esas criaturas son así. ¿Es hoy cuando espera usted a su familia?

IRENE.—Sí. No tardarán.

CESAR.—Por supuesto, ¿aún no conocen al heredero? ¿Piensa usted presentárselo?

IRENE.—Sin duda.

CESAR.—¿No teme usted alguna inconveniencia?

IRENE.—Las espero todas sin temer ninguna.

CESAR.—¿Y si deciden por fin ir al pleito, dejará usted que esas cartas vayan a sus manos? Piense usted que mañana será tarde. ¿Me autoriza usted para pedir precio?

IRENE.—Siempre está usted autorizado.

CESAR.—Pues hoy mismo... Hasta muy pronto.

IRENE.—¿Se despide usted?

DUQUE.—Yo también te dejo antes de que venga esa tropa. El chiquillo es más listo de lo que parece. He procurado sonsacarle lo que ocurre allí, en la otra casa, y sabe escurrirse para no contar nada. Señal de que lo sabe todo. Adiós, sobrinilla. Dios te dé paciencia para soportar a nuestra querida familia. Sobre todo a Isidoro. El

suave, el suave. No puedo sufrirle. ¡Vamos, César! Le llevo a usted en coche.

CESAR.—*Muchas gracias, Duque, Gerardo...*

GERARDO.—Don César... Señor Duque...

DUQUE.—¡*Mira, qué le hemos de hacer! Llámame Mauricio, Mauricio siempre. Como a un amigo. Nadie ha de creer que hemos ido juntos al colegio. No nos acompañes. Adiós, Irene. Y con la familia, oye y calla. Oye y calla. (Salen César y el Duque.)*

ESCENA V

Irene y Gerardo.

IRENE.—¿Qué te ha preguntado tío Mauricio?

GERARDO.—¿El señor Duque? Me ha preguntado por mi madre. Yo no sabía qué decirle. El otro día, cuando fuí allí, toda la tarde estuve solo con los criados.

IRENE.—¿No estaba tu madre?

GERARDO.—Sí, almorzamos juntos. Pero mamá se enfadó con Rosita, porque me dijo lo que me dice siempre, que no me puede ver. Mamá la pegó. Rosita es muy mala. Da unas contestaciones... Mamá lloró mucho y se encerró en su cuarto.

IRENE.—¡Qué pena!

GERARDO.—Rosita dice que su papá la quiere mucho, que la compra muchos juguetes y muchos vestidos. Yo no se. Mentiras suyas para darme envidia. ¿No me habían dicho que el papá de Rosita se había muerto? Los criados también hablan de él... Yo no sé.

IRENE.—¿Qué quieres decirme con todo eso?

GERARDO.—Mamá Irene, en aquella casa pasan cosas que no son buenas. No es como aquí. ¿Verdad que no es como aquí? Tú sí que me quieres. ¿Vas a quererme siempre más que todos? Queriéndome tú, no me importa nada. Pero tengo miedo.

IRENE.—*¿Miedo?* ¿Por qué tienes tú miedo?

GERARDO.—*Me* han dicho que no vas a quererme. ¿Verdad que no? Yo a ti te quiero mucho. Y seré muy bueno para que tú me quieras siempre. Antes quería yo

mucho a tía Demetria. Cuando vivía en su casa. Pero ella ya no me quiere.

IRENE.—¿Que no te quiere?

GERARDO.—No. El día que se despidió de mí, regañó con mamá. Yo no sé lo que se dijeron.

IRENE.—¡Qué horrible!

GERARDO.—Y tía Demetria dijo que no me volvieran a mandar con ella, que no quería ni verme. Que yo le había costado mucho dinero y mamá no quería darle nada.

IRENE.—¡Ah! ¿Fué por eso? ¡Hijo mío, hijo mío! ¡Todos son a ponerte precio! ¡Qué vas a pensar de todos! ¡Qué harían entre todos de ti si yo no estuviera para defenderte!

ESCENA VI

Dichos y *Martín*, y después, el *Conde de San Ricardo* y *José María.*

MARTIN.—Con permiso. El señor Conde de San Ricardo y el señor Marqués de los Robledales preguntan si vuecencia puede recibirles.

IRENE.—Que pasen. Luego te llamaré. Quiero que te conozcan. El Conde de San Ricardo es cuñado mío, casado con mi hermana mayor. El Marqués de los Robledales es mi sobrino, hijo de un hermano nuestro, que murió hace dos años, heredero del título que llevó tu padre.

GERARDO.—Sí, ya lo sabía.

IRENE.—Por los criados, ¿verdad?

GERARDO.—No; me lo dijeron todo en la otra casa Hasta luego, mamá Irene.

IRENE.—Hasta luego, hijo mío. *(Entran el Conde de San Ricardo y José María.)*

CONDE.—Irene, ¿cómo te va?

JOSE MARIA.—¿Cómo estás, tía?

IRENE.—¿Y Felisa y las chicas?

CONDE.—Detrás de nosotros vienen. En el auto de Carolina, que también viene con ellas.

IRENE.—¿Carolina?

CONDE.—Sí; hoy vino a casa. Su primera visita desde que murió el pobre Agustín. Supo que veníamos a tu casa y ha querido acompañarnos. Yo he sido el primero en aconsejarla que viniera. Se ha hablado tanto en estos días por culpa de unos y otros... Todos nos debíamos esta, por decirlo así, mutua manifestación de buena armonía en la familia. Tú ya sabes que yo ni entro ni salgo en estas cuestiones. Yo no soy quién para intervenir en los asuntos de vuestra familia. Pero mi humilde opinión es que todo debe sacrificarse a la unión y buena armonía de las familias. La cuestión de intereses debe ser siempre secundaria.

JOSE MARIA.—Y lo es, querido tío, lo es. ¿Quién habla de intereses? Yo soy el más perjudicado y pospongo, desde luego, la cuestión de intereses. El aspecto de la cuestión es otro. El decoro de nuestro nombre. Nuestro nombre, que es nuestro patrimonio espiritual.

IRENE.—¿No queréis sentaros? ¿Cómo está Carolina?

CONDE.—Como siempre. Fatal de sus nervios. Y sobre la muerte de Agustín, que la ha afectado mucho, como es natural, y con estas cosas, el otro día leyó uno de esos artículos que han traído estos días los periódicos y creímos que se moría.

JOSE MARIA.—Es escandalosa esa intrusión en la vida privada. Nuestra legislación es tan deficiente en esas materias; tenemos tan falso concepto de las libertades... En países más adelantados...

IRENE.—A mí me habían dicho que alguno de esos artículos se había publicado por instigación de alguien de la familia.

CONDE.—¡Por Dios, Irene! Es una ofensa suponer...

JOSE MARIA.—Los tribunales son los únicos llamados a juzgar en asunto tan delicado en que se interesa...

CONDE.—¡No hablemos de intereses, por Dios! ¡Me crispa!

JOSE MARIA.—¡Iba a decir, en que se interesa el honor de nuestro nombre!

CONDE.—¡Por favor, José María, delante de mí no habléis más de este asunto! ¡Me contrista! Ya saben todos mi opinión. Si acordáis por fin ir al pleito, que sea sin

discusiones, sin perturbarse la buena armonía de la familia. No demos ese espectáculo vergonzoso.

IRENE.—Me parece que oigo la voz de Felisa.

CONDE.—Sí, ella es. Con las chicas y Carolina. Ya les he advertido que no se hable aquí para nada de ese enojoso asunto. Pero ya conoces a Felisa. Con sus salidas de tono y sus destemplanzas de lenguaje. Si te dice algo desagradable, no te des por sentida. Es su genio.

IRENE.—Si me dice algo desagradable, sin salidas de tono, sin destemplanzas de lenguaje, sin descomponerme lo más mínimo, yo sabré contestarla. ¡Es mi genio!

CONDE.—*(Aparte a José María.)* No quiere darse por entendida. Pero ya la haremos saltar.

JOSE MARIA.—No faltaría otra cosa.

ESCENA VII

Dichos, Felisa, María Antonia y Beatriz.

IRENE.—No tenéis que disculparos. Por la misma razón no he ido yo a vuestra casa. Me habían dicho que estabais furiosos conmigo.

FELISA.—¿Contigo? ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! Ya te conocemos, para saber que siempre has sido muy tuya.

CAROLINA.—De mí no habrán podido decirte nada. Desde un principio me propuse no intervenir en este asunto.

IRENE.—Menos mal. Ya sois dos.

CAROLINA.—¿Dos dices?

IRENE.—Tú y tío Isidoro, que tampoco se mete en nada.

CAROLINA.—De mí no puedes dudarlo. En primer lugar, yo no podía ser perjudicada. Sólo podía afectarme en la parte moral, y lo que a vosotros se refiere, que sois los perjudicados. Bastante tengo con mis tristezas y mis padecimientos. ¡No sé cómo vivo! Si alguien me hubiera dicho que Agustín podía morirse antes que yo, aunque me llevaba algunos años, él tan fuerte, tan satisfecho de la vida... No se preocupaba por nada. A mí nunca me ha tomado en serio. Y yo muriéndome. Me sostienen los ner-

vios. ¡Qué calor! ¡No sé cómo puedes resistir esta temperatura! ¡Yo me ahogo!

IRENE.—¡Estás con el abrigo, las pieles!

CAROLINA.—No me atrevo a quitarme nada. Prefiero ahogarme.

IRENE.—¡Si es tu gusto!

CAROLINA.—María Antonia, ¡por Dios!, no te acerques a mí. Llevas un perfume que no puede resistirse. Si yo lo usara, me moriría. Cuando veníamos en el auto me faltó poco para desmayarme.

MARÍA ANTONIA.—¡Qué exageración!

BEATRIZ.—Las cosas de tía Carolina.

FELISA.—Sí que hace calor. A mí, sólo ir de negro me sofoca. ¡Y con los lutos que llevamos seguidos! Así es que ahora no he querido que lo lleven las chicas. Aunque nos critiquen. María Antonia, Beatriz, ¿no podéis sentaros, hijitas? ¿Qué andáis fisgoneando de un lado para otro?

MARÍA ANTONIA.—Nada, mamá. Curioseábamos. Tía Irene siempre tiene algo nuevo.

IRENE.—No disimuléis. Es la curiosidad de conocer a vuestro nuevo primito.

MARÍA ANTONIA.—Sí que es verdad. Yo estoy rabiando por conocerle.

BEATRIZ.—Y yo, y yo.

FELISA.—María Antonia, Beatriz, ¡qué imprudentes!

CAROLINA.—No; por mí. Yo estoy resignada. Lo he perdonado todo. Y si tuviera la seguridad, como tú crees tenerla...

FELISA.—Ella, sí. Pero, gracias a Dios, los demás no tenemos sus tragaderas.

IRENE.—Os advierto que estoy dispuesta a oírlo todo, y a oírlo en calma. De modo que lo mejor es que nos dejemos de hipocresías.

CONDE.—¡Eso no lo dirás por mí!

JOSÉ MARÍA.—Tiene razón tía Irene. Debemos exponer claramente los hechos, y suponiendo que tía Irene no ha procedido, ni podía proceder, con deliberado propósito de perjudicarnos, sino llevada de un romanticismo que debemos respetar y que yo admiro por mi parte,

procurar de la nuestra llevar a su ánimo el convencimiento de su error o de su ligereza.

FELISA.—Mira, José María, tú hablas siempre como abogado, y cuando hablas, acaba uno por no saber quién tiene razón. Si ha llegado la hora de decir verdades, yo no me muerdo la lengua, y le espeto la verdad al más pintado. Y la verdad es... Yo no sé cómo decirlo sin que te ofendas.

IRENE.—Dilo como quieras, ya conozco tu estilo.

FELISA.—Pues la verdad es que nos has reventado, lo que se dice reventado.

CONDE.—¡Por Dios, Felisa! ¡Un poco de prudencia!

FELISA.—Lo que yo digo es que ya hubiéramos ido al pleito, con muchas probabilidades de ganarlo, si a ti no te hubiera dado esa ventolera de sentirte maternal a estas alturas.

IRENE.—Pero ¿no podéis prescindir de mí?

FELISA.—Si los demás nos pusiéramos el mundo por montera, como tú te lo has puesto siempre. Pero ¿qué se diría de nosotros si ahora fuéramos al pleito enfrente de ti?

JOSE MARIA.—Moralmente, lo habríamos perdido.

IRENE.—Siempre estaría mejor perdido moralmente que ganado del otro modo.

JOSE MARIA.—No se trata de un pleito temerario. Tío Isidoro y yo hemos estudiado sobradamente el asunto.

CONDE.—Yo no. Yo no. ¡Por Dios santo! ¡No queráis enredarme! Yo, en todo caso, me habré limitado a oírte; te habré acompañado.

JOSE MARIA.—Nos sobran elementos de prueba. Tú lo sabes.

CONDE.—¡Por Dios santo! ¡Que yo no sé nada!

JOSE MARIA.—Tenemos en favor nuestro, que yo sepa, cuatro sentencias firmes del Tribunal Supremo. Una de 18 de marzo del 99, y otra...

CONDE.—De 14 de enero del 97.

JOSE MARIA.—Eso es. Perfectamente.

IRENE.—¡Qué feliz memoria!

JOSE MARIA.—He estudiado muy bien el asunto.

IRENE.—No; en ti no me admira. Me admira en Isi-

doro, que sin estudiarlo, sin importarle nada, sabe tanto como tú.

CONDE.—¿Yo? Por casualidad he recordado... Pero yo no sé nada... No quiero saber nada.

CAROLINA.—¡Por favor, no se hable más! Si yo hubiera sabido que veníais para esto... mis pobres nervios saltan, son cuerdas de violín.

FELISA.—Mira, Carolina. ¡Qué nervios, ni qué violines! ¡Una gaita, eso es lo que son tus nervios!

CAROLINA.—¡Jesús! ¡Está loca!

FELISA.—¡Y dejémonos de aspavientos, y de no quiero saber, no quiero enterarme! Porque tú has sido la primera en aconsejarnos que fuéramos al pleito, y que no dejáramos las cosas así, de ninguna manera.

CAROLINA.—¡Jesús, Jesús! ¡Supongo que no la harás caso!

CONDE.—¡Por Dios, Felisa!

FELISA.—¡Déjame en paz! ¡Que no puede aguantarse! ¡Como que tú eres la que está más interesada en que no sea esa gente la que venga a pedirte cuentas!

CAROLINA.—¿Cuentas a mí? ¡No puede oírse! Agradece a que no puedo descender de ninguna manera a contestarte como mereces.

CONDE.—¡Felisa, por Dios, un poco de prudencia!

MARIA ANTONIA.—Hoy está mamá desatinada.

BEATRIZ.—A tía Carolina le va a dar el ataque.

FELISA.—Demasiado sabes que si esa gente se lo propone, puede darte un disgusto.

CAROLINA.—¡Por favor, Irene de mi alma! Llévame, llévame de aquí.

CONDE.—¡Vamos, mujer, vamos!

FELISA.—Demasiado sabes tú que lo mismo tu carta de dote, que los gananciales, que muchas otras cosas, son muy discutibles y podría haber sus más y sus menos. Y como tú no las tienes todas contigo, por eso quieres que seamos nosotros los que te saquemos las castañas del asador. Y tú, entretanto, hacernos el paripé de que no te metes en nada. ¡Como si todos no nos conociéramos!

CONDE.—¡Felisa, Felisa!

MARIA ANTONIA.—¡Pero, mamá!

JOSE MARIA.—¡Tía Felisa, Carolina!

CAROLINA.—Si esto ya lo sabía yo. Que en cuanto muriera Agustín, caeríais sobre mí, como unas fieras. Si nunca habéis podido verme ni en pintura.

FELISA.—¡Sí, que tú nos has querido mucho! ¡Si no hubiera sido por ti, Agustín hubiera testado, y otra cosa sería! Pero como tú has sido capaz de dejarlo morir sin avisarnos...

CAROLINA.—¡Insolente! ¡Ay, ay, Dios mío!

FELISA.—Sí, hazte ahora la gatita muerta. ¡Mala pécora!

IRENE.—Felisa, Carolina, todos, es lo ruego; estáis en mi casa. Y en mi casa está ese niño, esa pobre criatura, que en la otra casa, como él dice, la casa de su madre, ha visto, ha oído cosas muy tristes, que pesarán ya siempre sobre su corazón. ¡Porque estas tristezas de niño dejan honda señal para toda la vida! Pero la gente de aquella casa es gente nacida muy bajo, que ha luchado con todas las miserias y todo el dolor de la vida, que ha padecido hambre, injusticias, que tiene disculpa en su ruindad, en sus bajezas. El pobre niño me decía aquí mismo, poco antes: esta casa no es como aquélla, ¿verdad que no? Si ahora os oye, ¿qué podrá decirme? Y vosotros no tenéis la disculpa de aquella gente. ¡Y él dirá que es lo mismo que allí! Las mismas pasiones, las mismas codicias, la misma ruindad, y si te oye a ti, hermana mía, hasta el mismo lenguaje. Evitadme, y evitaos también, la vergüenza de que pueda decirme: mamá Irene, ¡porque así me llama!; mamá Irene, tu casa es lo mismo que aquélla. ¡Y ya sabéis lo que es aquella casa!

CAROLINA.—¿Supongo que me harás la justicia de creer que no he sido yo la que se ha rebajado hasta ese punto? José María, te agradeceré que me acompañes.

CONDE.—Carolina, yo deploro...

CAROLINA.—No, si yo me tengo la culpa, conociendo a tu mujer. ¡Este disgusto me costará la vida!

JOSE MARIA.—¡Apóyate!

CAROLINA.—¡Voy muerta!

IRENE.—¡Vamos, Carolina!.. *(Salen Carolina, José María e Irene.)*

CONDE.—¡Pero mujer! ¡Pero mujer!

MARIA ANTONIA.—¡Pero mamá! ¡Qué cosas tienes!

BEATRIZ.—¡Qué sofoco!

FELISA.—¡Pues que agradezca que hoy no tenía ganas de incomodarme! ¡Si no hay quien la soporte! ¡Mi pobre hermano! ¡Que sólo con decir que ha sido su marido, le habrán abierto de par en par las puertas del cielo! ¡La gazmoña, con sus dengues y sus melindres, y ella es la que ha inventado lo que dicen por ahí de la pobre Irene!

CONDE.—¡Felisa, que las niñas se enteran de todo!

FELISA.—¿Creerás tú que no están enteradas? Sí, señor, ella ha sido; yo lo sé. Me lo ha dicho la peinadora. Que ella fué la primera que echó a volar la especie el día del novenario del pobre Agustín. ¡Para no respetar su memoria, ni en un día tan señalado! Lo que siento es lo que se me ha quedado sin decir. Pero ya irá saliendo. Que a tarasca no me gana a mí ella ni nadie, cuando yo me pongo. *(Entra Irene.)*

CONDE.—¡Perdónala, Irene, perdónala! ¡Yo, que esperaba que hoy quedaría consolidada la paz, la buena armonía que debe reinar siempre en las familias! ¡Te hemos dado un disgusto!

IRENE.—No lo creas. ¡Si vieras cuando uno piensa de mucha gente muchas cosas que uno no se atreve a decir, lo que gusta encontrar quien se atreva! ¡Y Felisa para eso es insustituible!

CONDE.—Agradece que tu hermana te conoce y te perdona.

FELISA.—Como si no. Soy mayorcita para saber lo que me hago, y bien sabe Irene si he tenido razón. Y si ella supiera...

MARIA ANTONIA.—Verás cómo nos quedamos sin conocer al primito de extranjis.

BEATRIZ.—Yo no me voy sin que nos le enseñen.

IRENE.—Ahora que estamos nosotros solos, yo quiero que hablemos con serenidad. Quiero que juntos revisemos las cartas que yo guardo de nuestro hermano, los recuerdos. Comprenderéis entonces cómo yo no puedo dudar como vosotros, y vosotros os convenceréis como yo.

FELISA.—Si yo sólo deseo convencerme. Yo no reclamaría nunca, si sólo fuera cuestión de dinero. Pero, la

verdad, que quieran darnos gato por liebre, eso no, y si tú supieras lo que nosotros sabemos, no estarías tan convencida.

IRENE.—Si fuera tan evidente, no creas que por tesón, por amor propio, no me convencería. Lo que yo no he sabido nunca es desconfiar. Dudar tampoco. Creo o no creo. Vamos a mi habitación. Y allí, muy tranquilos...

FELISA.—¿Pero las chicas?

IRENE.—Las chicas tomarán aquí el te. Si vosotros queréis tomarlo antes...

FELISA.—No, yo no tengo ganas de te.

CONDE.—Más indicada estaría la tila. *(Entra Martín.)*

IRENE.—Diga usted que preparen el te. Que lo sirvan aquí, para las señoritas y el señorito Gerardo. Dígale usted de mi parte que venga en seguida.

FELISA.—¿Gerardo es...?

IRENE.—Sí. Quiero que le conozcan sus primas. Sus primas, aunque tú no lo creas.

FELISA.—¡Por mí! Pero aunque así fuera. Lo de traerle contigo ha sido una imprudencia que te pesará, te pesará. Acuérdate de lo que te digo. Con esa madre, que cuando comprenda que le has tomado cariño, querrá explotarte, de seguro. Tù verás, tú verás. Yo, por mi parte, no tengo interés en conocerle.

IRENE.—Lo suponía. Tampoco yo quiero exponerle tan pronto a tus franquezas. Pasad a mi cuarto. Yo iré en seguida. Quiero hacer la presentación a tus hijas. La juventud es generosa y ellas sí quieren conocerle. Simpatizarán con él. ¡Estoy segura! ¿Qué dices?

FELISA.—¡Dios quiera! ¡Dios quiera! Ahí os quedáis. Ya me contaréis... ¿Vienes, Isidoro? ¿Qué piensas?

CONDE.—Yo he pensado siempre lo mismo. Todo debe sacrificarse a la buena armonía, a... *(Salen Felisa y el Conde. Durante el final de la escena han entrado los Criados y han dispuesto la mesa para el te y la merienda.)*

IRENE.—Veréis; es muy simpático. Muy cariñoso. No creáis que es como un muchacho de nuestra sociedad. No vayáis a burlaros de él. No; vosotras sois buenas. *(Entra Gerardo.)* ¡Ah! Gerardo; ven, ven. Aquí tienes a tus primas: María Antonia, Beatriz.

GERARDO.—Tengo mucho gusto...
MARIA ANTONIA.—El gusto es nuestro.
IRENE.—Van a acompañarte a tomar el te. Acostúmbrate a hacer los honores a tus amiguitas. Y ahora, os dejo. Allí tengo que convencer a fuerza de razones. Aquí bastará con el corazón. Hasta luego. *(Sale Irene.)*

ESCENA VIII

María Antonia, Beatriz y Gerardo.

GERARDO.—¿No se sientan ustedes?
MARIA ANTONIA.—Sí, sí. Ya vamos. No está mal el primo, ¿verdad?
BEATRIZ.—¡Para venir de un pueblo!
MARIA ANTONIA.—Y para Madrid. Yo voy a coquetear.
BEATRIZ.—No seas tonta.
MARIA ANTONIA.—Por divertirme. Y luego, ¿quién sabe? Ya que hemos perdido una herencia por él, sería una solución. Después de todo, es de la familia.
BEATRIZ.—No digas tonterías.
MARIA ANTONIA.—No se atreve a mirarnos. Parece simple. Vamos a merendar. Yo tengo mucha hambre. Yo siempre tengo hambre. ¿Se ríe usted? ¿Le hace a usted gracia que yo tenga hambre?
GERARDO.—Sí, me hace gracia.
MARIA ANTONIA.—¿Poi qué?
GERARDO.—Yo creí que sólo tenían hambre los que no tienen qué comer. Y en el colegio, que también teníamos hambre muchas veces. ¿Pero usted? ¿Lo dirá usted de broma?
MARIA ANTONIA.—No lo crea usted. En sociedad se come mucho. Si conociera usted a tía Josefina, la Marquesa de los Cañaverales, un ogro. ¿Usted no toma nada?
GERARDO.—Sí.
MARIA ANTONIA.—¿Quiere usted que le sirva el te?
GERARDO.—El te no me gusta. Tomaré dulces.
MARIA ANTONIA.—Y sandwich. Tome usted sandwich. Y una copita de Málaga o de Oporto. ¿Qué prefiere usted?

GERARDO.—Lo que usted quiera. ¿Es dulce?

MARIA ANTONIA.—Muy dulce. ¿Es usted goloso? Yo también. El poco dinero que tengo lo gasto en dulces y en bombones. No soy como mi hermana, que todo lo gasta en postales.

GERARDO.—A mí también me gustan mucho los dulces.

MARIA ANTONIA.—Pues ya va usted a poder hartarse.

GERARDO.—¿Por qué?

MARIA ANTONIA.—Porque usted tendrá mucho dinero.

GERARDO.—Yo qué sé.

MARIA ANTONIA.—Otra copita.

GERARDO.—No, no. No vaya a emborracharme.

MARIA ANTONIA.—¡Huy, emborracharse! ¡Sería divertido!

GERARDO.—Pero está muy feo.

MARIA ANTONIA.—¿Está usted contento en Madrid?

GERARDO.—Ahora, sí. Ahora estoy muy contento.

MARIA ANTONIA.—¿Usted vivía en...? ¿Dónde vivía usted?

GERARDO.—En Moraleda.

MARIA ANTONIA.—¿Dónde está eso?

GERARDO.—En Castilla la Nueva.

MARIA ANTONIA.—¿Un pueblo?

GERARDO.—No; una ciudad. Muy grande. Hay catedral. Y muchos palacios. Hay río y calles muy buenas. No es como Madrid. Pero es muy bonito.

MARIA ANTONIA.—¿Y qué vida hacía usted allí?

GERARDO.—Estaba en el colegio. Salía dos veces al mes.

MARIA ANTONIA.—¡Qué aburrimiento! Por supuesto, aquí también se aburrirá usted mucho. En esta casa tan tristona. Y con el luto por tío Agustín. Nosotras no nos hemos puesto de luto. ¡Hemos llevado tantos! En una familia como la nuestra, con tantos tíos... Y esta vez, como mamá estaba tan indignada con el chasco...

BEATRIZ.—¡Mujer!

MARIA ANTONIA.—¡Ay, no me acordaba! Voy a tomar otra copita. Y usted también. No tenga usted miedo.

No hace daño. ¿Está usted asustado de vernos comer y beber?

GERARDO.—No; yo también como y bebo de verlas a ustedes.

MARIA ANTONIA.—¿La verdad? ¿No se aburre usted mucho con tía Irene?

GERARDO.—¿Con mamá Irene? No, no me aburro. Es muy buena.

MARIA ANTONIA.—¿La llama usted mamá Irene?

GERARDO.—Quiere que la llame así. Yo no me hubiera atrevido. Yo la llamaba siempre señora Marquesa.

MARIA ANTONIA.—¡Huy, señora Marquesa! Como los criados.

GERARDO.—Por estar siempre en esta casa, si no pudiera ser de otro modo, me contentaría con ser criado.

MARIA ANTONIA.—¿Con tan poco se contentaría usted? ¡Qué falta de aspiraciones! A mí, que me gustaría ser... ¿Qué sé yo? Reina, princesa.

GERARDO.—¿Como en los cuentos?

MARIA ANTONIA.—Eso, como en los cuentos. ¿A usted no le gustan los cuentos?

GERARDO.—¡Mucho! He leído muchos. Y eso que los Padres en el colegio nos tenían prohibido que leyéramos cuentos. Sólo nos dejaban leer lecturas morales, de buenos ejemplos.

MARIA ANTONIA.—¡Qué tontería! ¡Beba usted, beba usted!

GERARDO.—¿Quiere usted que me alegre?

MARIA ANTONIA.—Más vale alegrarse que estar triste. ¿No lo agradece usted? Señal de que me ha sido usted simpático. Debemos llamarnos de tú, ¿verdad?

GERARDO.—No me atrevo.

MARIA ANTONIA.—El usted es una cursilería entre... Porque somos parientes.

GERARDO.—Eso dicen.

MARIA ANTONIA.—Vamos a ver. ¿Quién te parece más simpática? ¿Beatriz o yo?

GERARDO.—Las dos lo mismo.

MARIA ANTONIA.—Eso no puede ser. No hay dos cosas lo mismo. Y dos personas, menos. Tienes que de-

cidirte. Mira, tío Mauricio, el Duque de Santa Olalla, ¿no le conoces?

GERARDO.—Sí, le conozco. Un señor viejecito, muy bueno.

MARIA ANTONIA.—Tiene muchos cuadros en su casa. Y tiene uno, que es un pastor, que está delante de tres señoras, muy poco vestidas, con una manzana en la mano para ofrecérsela a la más hermosa. El cuadro se llama "El juicio de París". Pues tú tienes que hace lo mismo. A la que te parezca mejor, la ofreces—aquí no hay manzanas—un dulce.

GERARDO.—Pues a las dos.

MARIA ANTONIA.—Eso no tiene gracia. Te advierto que si no soy la preferida no voy a enfadarme. Vamos, aquí está el dulce. Una yema de coco, que me gustan mucho.

GERARDO.—¡No, no!

MARIA ANTONIA.—Bebe otra copita, para perder la vergüenza.

GERARDO.—Se me anda la cabeza.

BEATRIZ.—No, no beba usted más. María Antonia... No la haga usted caso. No beba usted más.

MARIA ANTONIA.—¡Cállate tú! ¡Vamos, decídete! Ven aquí. Beatriz, a mi lado. Así, como en el cuadro. Salvo lo ligeras de ropa. Tú, ahí, como el pastor, nos miras un rato, lo piensas como en el cuadro, y a la más hermosa...

GERARDO.—Eso no.

MARIA ANTONIA.—Pues a la más simpática.

GERARDO.—Eso sí.

MARIA ANTONIA.—A la más simpática.

GERARDO.—Pues a ésta.

MARIA ANTONIA.—¡Muchas gracias! A Beatriz, que no ha dicho esta boca es mía.

GERARDO.—Por eso. Usted sólo ha querido burlarse de mí.

MARIA ANTONIA.—¿Burlarme? Muchas gracias.

GERARDO.—Sí, sí. ¿Usted cree que yo soy tonto? Ha querido usted burlarse de mí. Me ha hecho usted beber para reírse. ¿Lo ve usted? Ahora se me anda todo.

MARIA ANTONIA.—¡Ja, ja!

BEATRIZ.—Siéntese usted. Tome usted un poco de te. Beba usted agua. Está usted muy pálido.

GERARDO.—Estoy muy malo.

MARIA ANTONIA.—¡Ja, ja, ja!

GERARDO.—¿Lo ve usted, lo ve usted? Se ha querido usted divertir conmigo. ¿Lo ve usted cómo no es usted buena? No se ría usted, porque de mí no se ríe nadie.

BEATRIZ.—¿Qué va usted a hacer?

MARIA ANTONIA.—¡Qué bruto! ¡Ya se conoce! Está usted muy bien educado.

BEATRIZ.—¿Ves lo que traen tus bromas? Se ha puesto malo.

MARIA ANTONIA.—Vámonos, vámonos. ¡Cuando mamá lo sepa!

BEATRIZ.—No, no. Hay que avisar. ¡Lucía, Baltasar!

MARIA ANTONIA.—Si me descuido me pega.

BEATRIZ.—Lo merecías. No viene nadie.

MARIA ANTONIA.—Pues no sabe él que iba a quererle mucho.

BEATRIZ.—¡Ah! Ya vienen. Tía Irene, mamá, vengan ustedes.

ESCENA IX

Dichos, Felisa, Irene y *Conde.*

IRENE.—¿Y Gerardo?

BEATRIZ.—Aquí está.

IRENE.—¿Qué tienes, hijo mío?

BEATRIZ.—Se ha puesto malo.

MARIA ANTONIA.—No hagáis caso. Es que ha bebido mucho.

FELISA.—Muy bien, muy bien.

MARIA ANTONIA.—¡Anda! Le ha faltado poco para pegarme.

FELISA.—¿A ti? ¡Qué encanto de criatura!

IRENE.—Gerardo, ¿qué tienes? ¿Qué has hecho?

GERARDO.—¡Se ha burlado de mí! Estoy muy malo. ¡Se ha burlado de mí!

IRENE.—¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué dices, Gerardo?

FELISA.—Eso tiene recoger ángeles del arroyo.

GERARDO.—¡No te enfades conmigo, mamá Irene, no te enfades! Es que se ha burlado de mí.

BEATRIZ.—La culpa la ha tenido María Antonia.

MARIA ANTONIA.—¿Tengo yo la culpa de que él no tenga educación y beba de ese modo?

FELISA.—Se ve claro el origen.

CONDE.—Eso no quiere decir nada. En todas las familias hay de todo. *(Entra Baltasar.)*

IRENE.—Acompañe usted al señorito a su cuarto. Está un poco malo. Acuéstele usted, que tome una taza de te y esté usted al cuidado. Anda, Gerardo, anda.

GERARDO.—¡Se ha burlado de mí! Esa, ésa ha sido. Y va vestida de señorita. Se ha burlado de mí como una golfa.

FELISA.—¿Qué dice? ¡Qué expresiones!

CONDE.—¡Mujer! No vas tú a asustarte. *(Salen Gerardo y Baltasar.)*

FELISA.—¡Un encanto, un encanto lo que nos has traído a la familia! Esto nos ha convencido más que todo. Puedes estar satisfecha.

IRENE.—¡Basta, basta! Acabaréis por tener razón. Si en vez de ennoblecer encanallamos nuestro pensamiento, como nuestro pensamiento serán nuestras obras.

ESCENA X

Dichos y César.

IRENE.—¡César, amigo mío!

CESAR.—Perdone usted que haya entrado así. Es urgente que hablemos.

IRENE.—Sí, sí.

CESAR.—Felisa... Conde...

CONDE.—Un placer saludarle. Ya nos despedíamos.

FELISA.—Adiós, Irene. Y ya sabes que por nosotros no habrá disgustos.

CONDE.—¡Nunca, nunca! ¡Querido César! ...

MARIA ANTONIA.—No vayas a creer que por mí se ha puesto malo el primito.

IRENE.—No, no te creo capaz.

CONDE.—No salgas. Adiós. *(Salen todos, menos Irene y César.)*

ESCENA XI

Irene y César.

IRENE.—¿Qué sabe usted, César, qué sabe usted? Si viera usted que ahora tengo miedo.

CESAR.—Para tranquilizar a usted he venido. ¿Sabe usted que si nos hubiéramos descuidado, su sobrino José María, el nuevo Marqués, y este cuñado de usted, el suave, como dice el Duque de Santa Olalla, el que nada quiere entender, andaban ya en tratos con ese hombre? Por un regateo insignificante no estaban ya esas cartas en su poder. Por fortuna he llegado a tiempo. Pero es preciso que reciba usted a ese hombre. Que hable usted con él. Le he traído conmigo y espera en el despacho de su administrador de usted. No tenga usted miedo. Es un hombre de mundo, y tratará el negocio con la misma corrección que trataría unas negociaciones diplomáticas. ¿Me permite usted que le avise?

IRENE.—Deje usted. *(Toca un timbre.)* ¿Dice usted que está en el despacho de don Andrés? *(Entra Martín.)* En el despacho de la Administración está un caballero que ha venido con don César. Dígale usted que le esperamos y acompáñele usted hasta aquí. *(Sale Martín.)* ¿Usted sabe ya? ¿Ha visto usted esas cartas?

CESAR.—No, Irene. El hombre no se fía del primero que llega. De usted, sí, porque cree que nadie más interesada que usted en saber la verdad.

IRENE.—¿Y esa verdad?

CESAR.—No espere usted hallarla. Pero se evitará el escándalo. El ridículo para todos, con la inutilidad de un pleito sostenido por su familia. Los Tribunales no admiten tan fácilmente esa clase de pruebas para privar a nadie de su estado civil. El reconocimiento está en regla. No hay falsedad. Y probar que hubo engaño o coacción material o moral, es muy difícil, casi imposible.

IRENE.—Entonces, ¿si estuviéramos engañados?

CESAR.—La usurpación de bienes no podría evitarse. Pero sí la responsabilidad moral de usted al ponerse enfrente de su familia, por un impulso de su corazón generoso.

IRENE.—Mi corazón, mi fiel corazón, habrá podido engañarme. Y en este momento todo lo creo posible, cuando hasta mi corazón ha salpicado como fango del arroyo, la otra sangre, la sangre plebeya. *(Entra Martín.)*

MARTIN.—Pase usted.

ESCENA XII

Dichos y Paco Utrillo.

CESAR.—Adelante, Utrillo, adelante. *(Sale Martín.)* El señor Utrillo... La Marquesa de Montalbán, ya la conoce usted.

PACO.—Muy señora mía.

IRENE.—Tome asiento. Aunque ya sé por nuestro amigo, desearía que lo más pronto posible llegásemos a un acuerdo.

PACO.—*(Sacando un paquete de cartas y dejándolo sobre la mesa.)* Señora Marquesa, esto es todo. ¿Más pronto?

IRENE.—¡Ah!

PACO.—Mi amigo sabe que sólo por la señora Marquesa, hermana del que fué mi amigo, sí, señora, yo fuí muy amigo del hermano de la señora Marquesa. Muy amigo, a pesar de todo. No fué culpa nuestra si esa mujer... Esa mujer ha sido causa de mi ruina. Por ella he llegado en mi vida a lo que he llegado. Nuestro amigo sabe que yo era un hombre de honor. Lo soy todavía cuando puedo serlo. Mi familia es muy conocida en Madrid. La señora Marquesa habrá conocido seguramente a mi tío, don Eulogio Utrillo, Senador, Consejero de Estado. El hermano de la señora Marquesa, mi amigo Agustín, fué, como yo, víctima de esa mujer. Pero no crea la señora Marquesa que yo trato de vengarme. Comprenda la señora Marquesa que mi interés, mi verdadero interés sería que mi hijo...

IRENE.—¿Su hijo de usted?

PACO.—Sí, señora, mi hijo. Fuera dueño de una fortuna. El día de mañana yo podría decirle: Soy tu padre, a mi silencio debes tu posición, todo lo que eres. Pero yo no puedo ser cómplice de ese engaño. Mi

conciencia..., aunque haya podido caer muy bajo, soy un hombre de honor. No se olvida uno tan fácilmente de lo que ha sido.

IRENE.—Bien, bien. No se moleste en convencerme. ¿Esas cartas?...

PACO.—Léalas usted. Son cartas de esa mujer, cartas de sus hermanos también. Sus hermanos, cómplices y encubridores en el engaño. Cartas de su hermano de usted. Confronte usted fechas. Su hermano de usted viajaba cuando yo vivía con esa mujer. Después se retrasó la fecha del nacimiento. Los hermanos amenazaron. Su hermano de usted estaba ciego por esa mujer. Añada usted su buen corazón, su inexperiencia del mundo. En fin, la historia está ahí. No hay duda posible ¿La señora Marquesa conoce la letra?

IRENE.—Sí, sí. Sobradamente. Poco hace leía yo también unas cartas... Otras cartas, que también parecían decir verdad.

PACO.—Sí. Se han escrito muchas delante de mí. Pero éstas... Estas no las dictaba nadie. Asi son ellas. La verdad descarnada. Don César ya sabe que ayer mismo, la familia de la señora Marquesa hubiera dado por ellas...

IRENE.—Sí, ya sé.

PACO.—Pero yo sé lo que usted quería a su hermano, y sólo usted puede ser dueña de esas pruebas, para decidir si le conviene a usted defender sus intereses o evitar el escándalo de un pleito, tal vez de una causa criminal. Para todo hay motivos. Pero decida usted lo que decida, sabrá usted a qué atenerse, y no estará usted expuesta a ser víctima de una explotación. Como lo sería usted, seguramente, por parte de esa mujer, de sus hermanos.

CESAR.—Bien, Utrillo, bien. Yo diré a la Marquesa lo que hemos convenido, que le parecerá muy razonable.

PACO.—Usted ya sabe que si no fuera por las circunstancias... Las circunstancias obligan a los hombres a cosas que...

CESAR.—Sí, amigo Utrillo. Mañana tendrá usted el dinero y podrá usted disponer su viaje.

PACO.—¡Mi viaje! ¡Mi último viaje!

CESAR.—¿Quiere usted recoger todo esto hasta mañana?

PACO.—De ningún modo. Me ofende usted. Yo no puedo desconfiar de la señora Marquesa, la hermana de mi buen amigo. No supo él nunca cómo yo le quería. ¡Si me hubiera escuchado! ¡Pobre Agustín! ¡Gran corazón! ¡Me salvó tantas veces! ¡Como ahora va usted a salvarme! ¡Está escrito que yo se lo deba todo a esta ilustre familia!

IRENE.—Acompáñele usted, César.

PACO.—Señora Marquesa... Beso sus pies. Para nada puedo ofrecerme, pero si algún día...

IRENE.—Gracias.

PACO.—*(Al salir, a César.)* Si pudiera llegarse a la cifra que le indiqué primero, lo agradecería. Para la señora Marquesa no es nada. Para mí es la salvación. En otras circunstancias no me hubiera visto obligado...

CESAR.—¿A vender tan barato?

PACO.—No, amigo don Cesar. A vender de ninguna manera. *(Salen César y Paco.)*

IRENE.—*(Sola, lee algunas cartas con ansiedad creciente. Entra César.)*

CESAR.—No es interesante.

IRENE.—¡Que pueda caerse tan bajo! ¡Oh! ¡Lea usted, lea usted! ¿Pero es esto verdad? Sí, sí; no hay duda. Lea usted. Estas cartas de esta mujer a ese hombre, a sus hermanos. Todo está claro. El engaño, la burla. ¡Hermano mío! Y yo que por él, por su memoria... ¡Por lo que él quiso a esa mujer, que aquí le escarnece, le insulta con palabras soeces! ¡Ah, no, no! ¡Fué un aviso del cielo mi espanto cuando vi a esa criatura hace poco, como lo que es, sangre de rufianes, sangre de esa mujer que vende su vida, sangre de ese hombre que vende a su hijo! ¡Y se hubieran burlado de mí como se burlaron de mi hermano! ¡De mí, que hasta me sentía orgullosa de ser calumniada! ¡Porque la calumnia decía maternidad, decía amor! *(Toca el timbre.)*

CESAR.—Irene, Irene, ¿qué va usted a hacer?

IRENE.—Voy a limpiar mi casa y mi corazón de tanta inmundicia como ha caído sobre nuestro nombre. *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR.—¿Qué manda la señora Marquesa?

IRENE.—Pronto. ¿Dónde está ese... Gerardo?

BALTASAR.—¿El señorito Gerardo? Se ha echado en su cama sin desnudarse. No hace más que llorar. Yo creo, con perdón de la señora, que está... ¡vamos!... yo no quisiera...

IRENE.—Sí, sí. Que se levante, sea como sea. Toma usted un coche y lo lleva usted a su casa. Ya sabe usted dónde. A casa de su madre, con los suyos. ¿Oye usted? En seguida. ¡Lo mando!

BALTASAR.—¿Y si me pregunta?...

IRENE.—No le diga usted nada. Allí tampoco. Ni una palabra. Haga usted lo que he dicho.

BALTASAR.—Sí, señora Marquesa.

CESAR.—¡Irene, Irene!

IRENE.—¿Usted sabía la verdad? ¿La sabía usted, no es eso?

CESAR.—¡Qué podía yo decir! ¡El pobre niño no tiene culpa!

IRENE.—No tiene culpa. Pero usted sabe que he hecho justicia.

CESAR.—¡No lo sé!

IRENE.—Sí, sí. Usted lo sabe.

CESAR.—No lo sabía. No lo sé.

IRENE.—¿Se atrevería usted a jurarlo? Mire usted que no he de arrepentirme de lo que he hecho. Pero sólo usted puede tranquilizar mi conciencia. No quiero dudar de usted, cuando dudo de todo, ¡hasta de mí misma! ¡De mi corazón, que no me engañó nunca! ¡La verdad, por lo que usted más quiera!

CESAR.—Sí, la verdad es ésa. Esa triste verdad. Puede usted estar tranquila.

IRENE.—Gracias, gracias. Sí, estoy tranquila. Hice lo que debía hacer, ¿no es verdad?

CESAR.—Sí, es verdad. ¡Pero él no tiene la culpa!

IRENE.—Así es la justicia. No es posible castigar a un culpable sin castigar también a algún inocente.

CESAR.—Sí, así es la justicia de los hombres.

IRENE.—¡He hecho bien, he hecho bien! ¡Estoy tranquila! ¡Hace frío! ¿No siente usted frío? ¿Habrán dejado apagar la calefacción?

CESAR.—No creo. Yo siento el calor de siempre en esta casa. Excesivo.

IRENE.—No, no; yo siento frío.

CESAR.—¿Tiene usted aquí algún termómetro?

IRENE.—Cerca de la ventana hay uno. Mire usted.

CESAR.—Veintidós grados. Ya decía yo. No era posible...

IRENE.—Entonces soy yo. Yo siento frío.

CESAR.—Sí, amiga mía. Entre estos cortinajes y tapices, con mullidas alfombras, con veintidós grados, y hasta con la conciencia tranquila, siente usted frío. Es que ha pasado el frío de la justicia, el frío de la verdad de este mundo. Y es que sobre esa verdad y esa justicia hay otra verdad más alta, la verdad de nuestro corazón.

IRENE.—¡Orgulloso corazón mío! ¡Pobre corazón de mujer! ¡Yo le creí más fuerte! *(Rompe a llorar.)*

CESAR.—¡Llore usted, llore usted! ¡Esa es la verdad!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA I

Irene, María Antonia y *Beatriz.*

MARIA ANTONIA.—¿Te duermes, tía Irene?

IRENE.—No.

MARIA ANTONIA.—¡Te aburres! ¿Te hemos dado la tarde, verdad?

IRENE.—No, hijas mías. Os agradezco mucho que hayáis venido a hacerme compañía. Vosotras sí que os habréis aburrido.

BEATRIZ.—No lo creas.

MARIA ANTONIA.—Yo, por mi parte, lo he pasado divinamente, sólo con ver tantas preciosidades como nos has enseñado. Los abanicos, los encajes, los pañuelos de Manila, las miniaturas. Tú has tenido el buen gusto de

conservarlo todo. En casa ya no queda casi nada. Mamá siempre está haciendo cambios, y siempre sale perdiendo. A mí me gustan tanto estas cosas antiguas... Por eso me encanta la casa del tío Mauricio. Tío Mauricio dice que se lo dejará todo a los Museos. ¿Qué te parece?

IRENE.—Es el único modo de que los herederos no hagan lo que vuestra madre.

MARIA ANTONIA.—Todos no somos lo mismo. Yo no me desprendería nunca de esas preciosidades. Si las casas nobles pierden estos recuerdos, que son como reliquias... ¿verdad?

IRENE.—Sí, nuestras reliquias.

MARIA ANTONIA.—¿No es muy triste que vayan a manos extrañas?

IRENE.—Sí, es muy triste. Sería muy triste.

MARIA ANTONIA.—Más que con verlas, gozaba yo antes al oírte la historia de cada una de ellas. Estos encajes los llevó la abuelita, y después mi madre en su traje de bodas. Estos otros adornaron el faldón con que nos cristianaron a mí y a mis hermanos. Este abanico se lo regaló la reina gobernadora a mi bisabuela. Con este pañuelo saludó mi madre la entrada de las tropas cuando volvieron de la guerra de Africa. Y estos recuerdos son como el perfume de las cosas. Y por ello tienen un valor que se pierde cuando salen de la familia y ya no hay quien recuerde lo que recuerdan.

IRENE.—Sí. Entonces pasan a ser historia. Pero han dejado de ser poesía. Me gusta oírte hablar así, María Antonia.

BEATRIZ.—Te advierto que todo eso lo ha leído en una novela.

MARIA ANTONIA.—¡Qué tonta! En primer lugar yo no leo novelas.

BEATRIZ.—No seas embustera. Yo también la he leído. Dice eso mismo del perfume, de las reliquias... ¡Todo, todo!

MARIA ANTONIA.—Vas a hacer creer a tía Irene que yo soy como tú, que sólo colecciona postales. ¡Y qué postales! De colorines horribles. Hasta esas escarchadas.

BEATRIZ.—¡Mentira! Sólo tengo tres, que me regaló el ama que me crió, el día de mi santo. ¡Pobrecilla! Ella

las compró a gusto suyo. Era de agradecer. No iba yo a tirarlas.

MARIA ANTONIA.—Di que tiene un gusto deplorable.

BEATRIZ.—Seré como tú, que cuando dan en el Real óperas de Wagner, para dártelas de inteligente, y porque has oído decir que eso viste mucho, te estás pinchando toda la noche con un alfiler para no dormirte.

MARIA ANTONIA.—¡Qué graciosa! Seré como tú, que sólo te diviertes con los colmos y los parecidos.

BEATRIZ.—Me divierto con lo que me divierte. No como tú, que te diviertes por penitencia.

MARIA ANTONIA.—Seré como tú, que sólo lees Sherlok Holmes.

BEATRIZ.—Y tú lo lees a escondidas. Y luego, donde te ve la gente, cuando vamos de viaje, en la playa por el verano y por las calles, sólo llevas libros de gran espectáculo: "El Quijote", "El Paraiso perdido", "La Divina Comedia"... Es la niñera de todos los grandes escritores.

IRENE.—¡La niñera! ¡Qué ocurrencia!

BEATRIZ.—Sí. Porque los ha paseado a todos, sin leer a ninguno.

MARIA ANTONIA.—Hoy estás muy graciosa. Como mamá nos dijo que procurásemos distraerte, cumple el encargo. Por cierto que mamá ya tarda. Dijo que vendría anochecido a buscarnos.

BEATRIZ.—Si ha ido a casa de tía Carolina...

IRENE.—¿Han hecho las paces?

MARIA ANTONIA.—Sí. Tía Carolina le escribió ayer a mamá una carta pidiéndole mil perdones.

IRENE.—¿Sabe ya tía Carolina...?

MARIA ANTONA.—¿Que el muchachito no está en tu casa? Sí, lo sabe. Se ha alegrado mucho. Como todos. ¿Para qué vamos a decir otra cosa? No por nada, sino por ti. Porque te hubiera dado muchos disgustos.

BEATRIZ.—¡Pobre muchachito!

IRENE.—A ti te da lástima, ¿verdad?

BEATRIZ.—Sí. Porque él qué culpa tiene de nada. ¿Y ahora qué va a ser de él?

MARIA ANTONIA.—No lo pasará mal. ¡Dicen que el

dinero no hay quien se lo quite! Mamá está indignadísima.

IRENE.—¡Qué importa el dinero! ¡El nombre, nuestro nombre!

BEATRIZ.—Me parece que... Sí, es mamá. ¿Con quién viene?

MARIA ANTONIA.—Con tío Mauricio.

ESCENA II

Dichos, Felisa y el *Duque de Santa Olalla.*

MARIA ANTONIA.—¿Cómo estás, tío?

DUQUE.—¡Hola, chiquitas! ¡Hola, Irene!

FELISA.—¿Qué tal? ¿Te han mareado mucho estas hijas?

IRENE.—No. ¡Pobres! He pasado la tarde muy distraída.

FELISA.—Menos mal. Yo también lo hubiera pasado mejor con vosotras, y me hubiera ahorrado un disgusto.

IRENE.—¿Un disgusto?

FELISA.—Sí. Vengo de pelearme con Carolina.

IRENE.—¿Pero no habíais hecho las paces?

FELISA.—Sí. Pues al hacer las paces ha sido. ¡Que te diga tío Mauricio, que estaba presente!

IRENE.—¡Vaya por Dios!

DUQUE.—Muy desagradable, muy desagradable.

FELISA.—Si es que con Carolina no hay modo. Figúrate que empezó a hacer historia de todas las quejas que tiene de nosotras, desde antes de casarse con nuestro hermano.

IRENE.—¿De mí? No creo.

FELISA.—Pues contigo es con quien está más resentida. Para que veas. Y por defenderte a ti ha sido el disgusto.

IRENE.—No te lo agradezco.

FELISA.—Que te lo diga tío Mauricio.

DUQUE.—No, yo no digo nada. Ya os habéis dicho vosotras bastante. ¡Y qué cosas se han dicho! Carolina siquiera se sirve de un vocabulario muy admisible. Entre histórico y literario. ¡Te ha llamado Marcolfa, Doña

Urraca y Reina Panderetona! ¡Pero tú! ¡Tú le has dicho cosas que no están en el mapa!

BEATRIZ.—¡Por Dios, mamá!

MARÍA ANTONIA.—¡Que espanto!

FELISA.—No digas, porque si de algo he pecado, ha sido de prudente. Y no hablemos más de Carolina, porque me descompone. ¿Cómo estás tú? ¡Más animada! ¡Habrás pasado muy malos ratos, te conozco! Eres tan vehemente, tan impresionable... Estabas tan ilusionada con el cariño de esa criatura... Ya le mirabas como si fuera hijo tuyo. ¡Ay, las que no sabéis lo que es tener hijos! ¡Son los propios y dan más disgustos que satisfacciones! ¡Ahora todos estamos a lo que tú resuelvas! Méndez Alonso estuvo ayer en casa con José María. Su opinion es que debemos ir al pleito.

IRENE.—¡Al escándalo, para no conseguir nada satisfactorio!

FELISA.—Eso no. Méndez Alonso asegura que hay pruebas suficientes. Y eso que él aún no sabe... ¿No consentirás que él vea esas cartas, que él estudie el asunto?

IRENE.—Necesito pensarlo, me asusta.

FELISA.—¿Pero no es una triste gracia, que esa gentuza, con sus manos—aquí no puede decirse lavadas—, con sus manos puercas, vengan a llevarse lo nuestro, lo de nuestra casa?

IRENE.—¿Qué importa el dinero?

FELISA.—¡Hija mía, no te importará a ti, que has conservado lo que heredaste, y lo has aumentado y eres tú sola! Pero en nuestra casa, con los negocios en que se ha metido Isidoro, que siempre ha salido con las manos en la cabeza, y lo que se ha llevado la política, porque en política Isidoro siempre le ha tocado hacer el buey, como yo le digo.

DUQUE.—Tú eres la que menos debía decírselo.

FELISA.—Ya sabe él por qué se lo digo. En resumidas cuentas, que no estamos para desprendimientos. Todos estamos obligados, muy obligados, a defender lo que es nuestro y muy nuestro. Ya es bastante con no ponerle pleito a Carolina que, vamos, se hizo firmar una carta de dote, cuando todos sabemos que solo llevó cua-

tro pingos y las alhajas, que la mitad eran alquiladas para las visitas. ¡Pero, en fin, era su mujer, y bueno está lo bueno! Pero los otros, si nos dejamos robar de esta manera, no sólo el dinero, sino el nombre, nuestro nombre; si cualquier pelandusca da en decir que sus hijos son hijos de nuestros maridos, de nuestros hermanos, ¿dónde iríamos a parar? ¡El acabóse! ¿Qué dices tú? Nunca dices nada.

DUQUE.—Eso. Sí. ¡El acabóse! ¿Qué quieres que diga? ¡El acabóse! ¿Quieres que diga algo más enérgico? ¿Me prestas una palabra de tu escogido léxico? Te la devolveré en seguida. ¡El despiporren! ¿Me quieres más enérgico?

FELISA.—No es para echarlo a broma.

DUQUE.—¡Claro que no! ¡Ni para decidir de ligero! Irene lo pensará. Permitirá que se estudie el asunto, y cuando pueda contarse con una probabilidad, por lo menos...

FELISA.—Muy bien. Pero si perdemos el tiempo... ¿Por qué no vienes mañana a casa? Almuerzas con nosotros. Vendrá también Méndez Alonso, José María. Se habla, se discute. Tú puedes venir también. ¿Qué te parece?

IRENE.—Lo pensaré.

FELISA.—¡Lo pensaré, lo pensaré! Eres otra. Tú que has pecado de arrebatada toda tu vida.

IRENE.—La ligereza de los pocos años.

FELISA.—Sí. Ya quisiera yo estar como tú. Bueno, nos vamos, que tenemos gente a comer. Decid adiós a vuestra tía. Si te decides, me avisas por teléfono. ¡Por Dios, Irene! ¡Con lo que todos te queremos! ¡Ya te habrás convencido de que no hay más verdad en el mundo que el cariño de la familia! Si no estamos unidos en casos como éste... Hasta mañana, ¿verdad? ¿Te quedas, tío Mauricio?

DUQUE.—Sí. Un ratillo, para acompañar a Irene.

MARIA ANTONIA.—Adiós, tía Irene. Muchas gracias por todo.

IRENE.—A vosotras. Adiós, Beatriz.

MARIA ANTONIA.—Adiós, tío.

DUQUE.—Adiós, chiquitas.

ESCENA III

Irene y el *Duque.*

DUQUE.—No te dejarán vivir, estoy seguro.

IRENE.—Sí. Todos están muy obsequiosos conmigo. Carolina me mandó una cesta de flores esta mañana. Las mejores de su invernadero. José María un retrato de Agustín, que él guardaba. Felisa me mandó a las chicas para que me acompañasen toda la tarde.

DUQUE.—Su desinterés no tiene límites. Y tú, ¿qué piensas hacer?

IRENE.—No lo sé. No he pensado nada. Mi tristeza, mi aburrimiento se sobreponen a todo. Ha sido una tristeza muy grande. Es la última ilusión la que se ha ido. Por la que yo esperaba justificar mi vida inútil. Mi alma ha vuelto a encerrarse en su soledad, para perderse en ella.

DUQUE.—¿Y no has vivido siempre feliz en esa orgullosa grandeza de tu soledad?

IRENE.—No, mentira, mentira. El alma que está sola podrá tener grandeza, su orgullosa grandeza, como tú dices, pero es como la grandeza del mar. Grande en sí mismo, pero a su alrededor, arenales o rocas, todo esterilidad. Sólo por nuestras obras podemos saber de nuestra vida. Era Dios, sólo y único en su omnipotencia, y por su voluntad creó mundos y seres para sentirse existir, con toda la inmensidad de su poder, en la vida de todo lo creado. Yo, pobre criatura, no sabré nunca de mi vida, porque no me he sentido vivir en nada de cuanto me rodea. Hechura de nuestra carne, de nuestro espíritu, si nuestro amor no añade vida a la vida, ¿qué valdrá haber vivido? Nuestro pensamiento, nuestro corazón, serán como arca sellada. Cárcel de tesoros que pudieron enriquecer la vida, y al guardarlos, será como si los hubiéramos robado. Y seremos de aquellos pecadores que no pueden esperar misericordia, los que pecaron contra el espíritu, porque el tesoro que habremos robado será el espíritu mismo de Dios, que Dios puso en nosotros.

DUQUE.—Exaltación, misticismo. Todo eso no tiene

más que un nombre. El corazón, que tarde o temprano, exige, reclama de nosotros lo que le hemos negado por conveniencia, o por orgullo, o por miedo, ¡por egoísmo!, en una palabra. Irene de Montalbán, Campo de armiño, como tu escudo. Tu corazón se abrasó de amores, y por no manchar su blancura destrozaste tu corazón.

ESCENA IV

Dichos y César.

CESAR.—Irene, pronto, ¿dónde está Baltasar? Llámele usted. El puede decirnos...

IRENE.—¿Qué? ¿Qué ocurre? Viene usted demudado. ¡Me asusta usted!

CESAR.—Sí, Irene, sí. Es algo grave lo que sucede.

IRENE.—Dígame usted... Quiero saberlo.

DUQUE.—Diga usted. Es preferible.

CESAR.—Sí, sí. Pero llame usted a Baltasar. El fué quien llevó a Gerardo, quien debió llevarle a casa de su madre, ¿no es eso?

IRENE.—¿Qué? ¿Gerardo?

CESAR.—No está allí. Allí nada sabían y nada saben. Yo no he querido decir nada.

IRENE.—¡Jesús! Entonces... Diga usted, diga usted.

CESAR.—Es verdad. Usted perdone. No puede usted comprender. Aún estoy aturdido. Esta mañana, deseoso de saber lo que allí ocurría, lo que Gerardo podría haber dicho, deseoso también, ¿por qué ocultarlo?, de traer a usted alguna noticia que pudiera tranquilizarla, porque yo sabía que usted no había dejado de interesarse por ese pobre niño, me presenté en casa de su madre. Con gran sorpresa mía..., por suerte yo no me anticipé a preguntar nada, advertí que mi visita no causaba la menor extrañeza. Que nada se me decía respecto a lo que naturalmente habían de haberme preguntado. No tardé en saber que Gerardo no estaba allí, ni tenían de él la menor noticia, ni la más remota sospecha de que ya no estuviera en su casa de usted.

IRENE.—¡Dios mío! ¿Qué ha sido entonces de esa criatura? ¿Dónde está? ¿Dónde ha ido?

DUQUE.—Es inaudito. *(Entra Martín.)*

MARTIN.—Con permiso.

IRENE.—Baltasar, ¿dónde está? Que venga en seguida. *(Sale Martín.)* ¿Y ha dicho usted allí?...

CESAR.—No, ni una palabra. ¡Figúrese usted si la primera noticia hubiera sido que Gerardo había desaparecido! ¡Capaces eran de creer que se trataba de un crimen! El novelón y el melodrama tienen hondas raíces en esos espíritus vulgares, sólo cultivados por malas lecturas. Aparenté indiferencia. Me apresuré a despedirme, y sin perder tiempo, telegrafié a Moraleda, a la tía con quien ha vivido siempre el muchacho. Era de presumir que se hubiera vuelto con ella. Puse un telegrama urgente, contestación pagada, y hace un instante, en el Casino, recibí la contestación. Vea usted. "Gerardo no está aquí, dígame qué ocurre. Alarmadísima."

IRENE.—Y son dos días, dos días que esa criatura... *(Entra Baltasar.)*

BALTASAR.—¿Qué manda vuecencia?

IRENE.—Entre usted, entre usted. El día que le mandé a usted que llevara usted a Gerardo, al señorito Gerardo, a casa de su madre, ¿le acompañó usted hasta su casa?

BALTASAR.—Sí, señora Marquesa. Tomé un coche, como me dijo la señora Marquesa. El muchacho, el señorito, iba algo mareado, no dejó de llorar. Llegamos a la casa, entramos en el portal...

IRENE.—¿Y subió usted con él hasta la misma puerta? Llamó usted, alguien abrió, algún criado, alguien...

BALTASAR.—Pues verá la señora Marquesa. El señorito no quiso que yo subiese con él.

IRENE.—Hizo usted mal, muy mal. No era eso lo que yo había mandado.

BALTASAR.—Perdone vuecencia. Desde el portal se empeñó en que había de dejarlo solo. Dijo que no quería decir que la señora Marquesa le había echado de su casa, sino que él se había escapado. Y si le veían llegar conmigo... Yo no quería dejarle. Pero ya digo, él porfiaba siempre, y me lloraba tanto... Y luego, la verdad, como la señora Marquesa me dijo que yo no dijera nada aunque me preguntasen, y arriba por fuerza habían de

preguntarme al verme llegar de aquella manera..., yo, la verdad... Perdone la señora Marquesa, es que al muchacho, al señorito, ¿le ha ocurrido algo?

IRENE.—Nada, nada. No es eso. Pero hizo usted mal, muy mal.

BALTASAR.—Perdone vuecencia. Si yo hubiera sabido...

IRENE.—Retírese usted.

BALTASAR.—A las órdenes de vuecencia. *(Sale.)*

IRENE.—¡Por Dios, César, por Dios! Que parezca esa criatura, haga usted cuanto sea preciso, cueste lo que cueste, por todos los medios.

CESAR.—Sí, sí. No tema usted nada. Desde el Casino hice que preguntasen a las Comisarías, a las Casas de Socorro... Nada que a él podía referirse había ocurrido. El no conoce a nadie en Madrid, ni siquiera conocía Madrid para poder ocultarse. ¿Llevaba algún dinero?

IRENE.—No sé. No podía ser mucho. Yo nada le había dado. Nunca salía solo.

CESAR.—Su madre, sí. Siempre que iba a su casa. Tendrá algún dinero. Ahora mismo iré a la Jefatura de Policía. Estoy seguro de que no tardarán en encontrarle.

DUQUE.—¡Diablo de chico!

IRENE.—¡La pobre criatura! Antes que volver con su madre... ¡Entre todos hemos destrozado su vida! No tarde usted, César. Que le acompañe algún criado. Todo lo que usted necesite.

CESAR.—No, no es preciso. Voy solo. No esté usted impaciente. Telefonearé desde la Jefatura. Nada puede haberle ocurrido. Estoy seguro.

IRENE.—Vaya usted, César, vaya usted. ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Sale César.)*

ESCENA V

Irene y el *Duque.*

DUQUE.—Si puedo ser útil en algo...

IRENE.—Gracias. Esperemos. ¡Y he sido yo, he sido yo!

DUQUE.—No, Irene. No te atormentes. ¿Cómo podía suponerse? No diré yo que no hubo algo de precipitación por tu parte. En la forma, nada más en la forma. Pero una vez enterada de todo... Ese niño no podía estar en tu casa.

IRENE.—¿Y qué no daría yo ahora porque no hubiera salido nunca? Porque yo le quería, le quería. Había llegado a quererle con toda mi alma. ¡Pero qué miserable condición es la nuestra! ¡Qué debía importarme que no fuera de mi raza, de mi sangre! ¡Si era una criatura humana como yo! ¡Y yo le quería por inocente, por desdichado! Y debió parecerme más desdichado cuando le creí de peor linaje. Y no obstante, al saberlo, fué un odio instintivo, como una repugnancia física. Sí, sí; fué como cuando se sienten celos, contra los que no valen la reflexión, ni el olvido, ni el deseo de perdonar. Porque ante nosotros se representa siempre la imagen viva, palpable, de la traición. Los ojos que se miran en otros ojos, los labios que besan otros labios. Y sentimos todo el horror a la promiscuidad. Y es algo así como si en nuestra copa viéramos beber a un extraño. Pues todo eso sentí yo, por un instinto de noble raza, celosa de la limpieza de su sangre. Cuando leemos en los libros, cuando oímos en el teatro lo irracional, lo ridículo, lo falso de mil cosas que nos parecen convencionalismos, preocupaciones sociales, aplaudimos y levantamos nuestra protesta, y en aquel instante nos creemos superiores a todos los prejuicios. Pero volvemos a la realidad, esa realidad llega a nosotros, y no tardamos en comprender que todo lo que creímos convencionalismos y preocupaciones, las ideas y los sentimientos que nos parecieron más absurdos, tienen muy honda arraigambre en lo humano. ¡Que la serena razón sólo nos asiste cuando contemplamos la vida como espectadores! Pero cuando somos actores en nuestra propia vida, entonces, entonces es sólo el corazón es sólo el instinto el que nos mueve y nos lleva al arbitrio de una inconsciencia que en nuestro orgullo humano aún nos atrevemos a llamar voluntad. *(Entra Martín.)*

MARTÍN.—Con permiso de vuecencia.

IRENE.—¿Qué es? ¿Qué traes?

DUQUE.—Una carta.

IRENE.—Déjala ahí.

MARTIN.—Espera contestación. Con permiso de vuecencia, debo decir a vuecencia que la carta la ha traído en persona, y espera la contestación en la portería, aquel muchacho que la señora Marquesa...

IRENE.—¿Quién? ¿Gerardo, es de Gerardo?

DUQUE.—¡Vamos!

IRENE.—Espere usted. No, no vaya usted. Que no le dejen marchar. ¿Oye usted? Que espere mi contestación. Yo avisaré en seguida. *(Sale Martín.)* ¡Dios mío!

DUQUE.—Veamos esa carta. Así sabremos. Lee, lee.

IRENE.—*(Leyendo.)* "Excelentísima señora Marquesa."

DUQUE.—No empieza mal, no empieza mal.

IRENE.—"Apreciable señora Marquesa..."

DUQUE.—No tiene precio ese apreciable. ¡Pobre! ¡Pobre!

IRENE.—"Me alegraré que al recibo de ésta se halle usted con la cabal salud que yo deseo, lo mismo que toda su apreciable familia."

DUQUE.—Sencillez, sencillez.

IRENE.—"Esta es sólo para pedir a usted perdón por haber dado motivo a que usted me echara de su casa, por más que yo sé que los motivos son otros. Que yo sé todo lo que pasa. Y la desgracia mía de que usted ya no pueda ser para mí lo que era. Pero no tengo a nadie en el mundo. Porque no quiero volver con mi madre. Y usted, que tiene muy buen corazón, tendrá lástima de mí, y verá de ponerme a un oficio, o meterme en un asilo aunque sea, que yo pueda aprender y ganarme la vida. Señora Marquesa, yo no tengo culpa de nada. Y usted es muy buena y no puede ser que no tenga usted lástima de mí. Y antes de escribir esta carta, estuve rezando en una iglesia, y mientras rezaba no hacía más que pensar que sólo usted podía ampararme. Señora Marquesa, yo seré un esclavo de usted, pero no mande usted que vuelva a la otra casa, por lo que usted más quiera. No canso más. Su humilde servidor que mucho la aprecia y lo es, Gerardo."

DUQUE.—Es graciosa la carta. Es tan graciosa que me hace llorar.

IRENE.—¡Pobre carta! ¡Con su letra de colegial aplicado, limpia y clara, como la verdad de su corazón de niño! ¡Y con esta letra aprendida para escribir felicitaciones y plácemes, para contar de juegos y travesuras, un pobre niño escribe para contar tristezas y pedir caridad!

DUQUE.—¿Y tú qué contestas?

IRENE.—¿Puedes dudarlo?

DUQUE.—No. Por eso quiero dejarte sola con él. Es mejor. No quiero ser quien te detenga ni me atrevo a ser quien te anime. El corazón, sólo el corazón. Yo voy en busca de César, a decirle que suspenda sus averiguaciones antes de que puedan transcender. Volveré, volveré con él. Y todos nos alegraremos. *(Sale el Duque.)*

ESCENA VI

Irene y después *Gerardo.*

IRENE.—*(Entra Martín.)* Esta es la contestación a la carta que ha traído usted antes.

MARTIN.—Está bien, señora Marquesa. *(Sale Martín. Pausa. Entra Gerardo.)*

IRENE.—¡Gerardo! ¡Mi Gerardo!

GERARDO.—Mamá Irene... Señora Marquesa... ¿Me perdona usted?

IRENE.—Ven, ven aquí. Siéntate. Estás muy pálido... Las manos heladas... ¿Qué has hecho, qué has hecho? ¿Dónde has andado?... Dímelo todo... cuéntamelo todo... Estás rendido... ¿Has pasado hambre? ¿Qué tienes?

GERARDO.—No... no... hasta hoy no he pasado nada... Esta mañana, sí... ya no tenía dinero.

IRENE.—¡Oh!... ¿Tienes hambre?

GERARDO.—No... no... es que estoy cansado...

IRENE.—*(Entra Martín.)* Traiga usted una taza de caldo... unos fiambres... frutas, dulces y una copa de jerez... en seguida. *(Sale Martín.)* Pero ¿cómo te atreviste a hacer lo que has hecho? ¿Qué ha sido de ti?...

Me da miedo pensarlo. Tú solo, tú solo, por Madrid... ¿Dónde has dormido? ¿Dónde comías?

GERARDO.—He dormido en una posada.

IRENE.—¿Y no te preguntaron, no les extrañó ver a un niño como tú, solo?...

GERARDO.—No, no. No me dijeron nada, yo tenía miedo, pero no me dijeron nada... Me pidieron una peseta por pasar la noche.

IRENE.—Sería horrible. Una mala cama. ¿Habría otra gente?

GERARDO.—No, la cama no era mala. No había nadie. Muchos ratones.

IRENE.—¿Y comer? ¿Dónde comías?

GERARDO.—No sé. Cuando tenía hambre, entraba donde primero veía. Hasta anoche, que ya no tenía dinero más que para ir a dormir. Esta mañana, apenas entró luz en el cuarto, me levanté y salí a la calle. No podía tenerme. Me senté en un banco en una plaza que hay, no sé dónde, una plaza con árboles y una fuente. En otro banco, junto a mí, había un hombre dormido. Y allí a poco, vino un guarda y empezó a sacudirle para que se despertara. El hombre se levantó como pudo; parecía que estaba borracho. Al levantarse se le cayeron de la faja una porción de cuartos y pesetas también. Se puso a recogerlas, pero no vió una peseta que se le había caído. Yo sí la vi, y el hombre la buscaba, pero no la veía, y eso que relucía al sol.

IRENE.—¿Y tú qué hiciste?

GERARDO.—Yo sólo deseaba que el hombre se fuera de allí, y que no pasara nadie, y poder yo coger la peseta. Y así fué. Muy mal hecho, pero tenía hambre, tenía hambre.

IRENE.—¡Y como este día de tu vida son todos los días de la vida para tantas criaturas humanas!

GERARDO.—Con aquel dinero me entré en un café. Tomé un vaso de leche con pan. Descansé un rato largo. Luego volví a andar, andar. Entonces fué cuando, al pasar por una iglesia, me acordé de lo que me decía en el colegio el Padre Bernardo, que me quería mucho, y me decía muchas veces: "Mira, hijo mío, ¿vas a prometerme lo que yo te pida? ¡Sabe Dios lo que será de ti en este

mundo; puede que algún día seas tan desgraciado que pierdas la fe, que dejes de ser buen cristiano! Pero, mira, aunque ya no creas como crees ahora, siempre que sientas una tristeza, que tengas una pena muy grande en la vida, reza, reza, y acuérdate de tus rezos de niño, verás cómo encuentras consuelo." Y me acordé, y entré en la iglesia, y me puse a rezar. Y no había empezado, cuando... ¡Qué sé yo cómo fué! Como si alguien me hablara al oído, yo no oía más que estas palabras: La señora Marquesa, la señora... No, no era así. ¡Mamá Irene, mamá Irene! Vuelve con mamá Irene. Y ya no pensé en otra cosa, y entonces volví al café. Yo había visto allí a un señor que escribía una carta; pensé que yo también podía escribir. Pregunté si podía. Me dijeron que sí, y escribí esa carta, yo no sé cómo. En el colegio escribíamos cartas, las copiábamos de los libros, pero eran cartas de otras cosas. Una carta así yo no sabía cómo escribirla. No sé si estará bien lo que he escrito. Yo no sabía qué poner. No sé lo que he puesto.

IRENE.—¡El corazón, hijo mío! ¡Has puesto el corazón! *(Entra Martín.)* Acerque usted esa mesa. Déjelo aquí todo. Ven, Gerardo. Siéntate aquí. Toma lo que quieras. Primero el caldo.

GERARDO.—¡Ah!

IRENE.—¿Tienes frío? Yo también tuve frío otra vez, en esta misma habitación tan abrigada. Verás, verás cómo no tenemos frío. Encienda usted la chimenea.

MARTIN.—¿Es que no rige la calefacción, señora Marquesa?

IRENE.—Sí, sí. Pero encienda usted la chimenea. Es más alegre. Verás, verás. Haremos una buena lumbre, como la lumbre de los pueblos, de la que dicen los labriegos: lumbre de llama, alegra el cuerpo y el alma. Toma un poco de vino.

GERARDO.—No, no. Vino no. No volveré a probarlo.

IRENE.—¿Te acuerdas todavía?

GERARDO.—¡Qué vergüenza he pasado! Pero yo sé que no es por eso por lo que usted me echó de su casa.

IRENE.—¿Qué sabes tú?

GERARDO.—¡Sí, yo lo sé! ¡Yo lo sé! No fué por eso.

IRENE.—Calla ahora, calla. Luego, los dos solos.

MARTIN.—¿Está así bien, señora Marquesa?

IRENE.—Ponga usted más leños. Así, así. ¡Qué hermosa lumbre! *(Sale Martín.)* ¡Acércate, acércate! A mi padre le gustaba mucho pasar temporadas en el campo, en montes y dehesas de nuestra casa. Yo iba muchas veces con él. ¡Y cómo le gustaban estas lumbres de las chimeneas campesinas! Yo me sentaba con él junto al fuego, y alrededor nuestros labradores, nuestros criados. Muchos años pasamos así la Nochebuena. Mi padre prefería pasarla en el campo. Decía que entre aquellas gentes, con aquellas lumbres, le parecía como si de verdad fuera la noche en que vino Jesús al mundo. Un año, era yo muy niña, recuerdo que me hizo vestir de ángel para representar la Anunciación a los pastores. Me vistieron con una túnica blanca, bordada de estrellas, y llevaba unas alas doradas, y cuando estaban todos reunidos, me aparecí de pronto entre luces de bengala y dije unos versos que eran la Anunciación. Y aquella pobre gente lloraba y reía. Y toda la noche se cantaron villancicos. Y mi padre también cantaba con ellos. Y de verdad creíamos todos que allí cerca, muy cerca, había nacido el Hijo de Dios. Y era que le sentíamos muy cerca de nuestros corazones. Esta lumbre es como aquéllas, y el recuerdo no será en vano. ¡Gerardo, hijo mío, arroja a esa lumbre todo esto!

GERARDO.—¿Yo?

IRENE.—Sí. Tú, quiero que seas tú. Ya está. ¡Cuánta traición, cuánta vergüenza va a consumirse en ese fuego! ¡Si las codicias y las malas pasiones pudieran tomar forma palpable, en este momento veríamos como diablillos rojos, retorcerse enfurecidos entre las llamas! ¡Mira! ¡Cómo esas ascuas abrasan el papel, y parecen como orugas de fuego que lo van devorando! ¡Ya está, ya está! ¡En el nombre de Dios!... ¡Si tú supieras!...

GERARDO.—Sí lo sé, lo sé todo. Ya he dicho que lo sabía. Es que yo no he querido contar nunca lo que allí pasaba. Me daba mucha vergüenza. ¡Por eso no quiero volver allí nunca!

IRENE.—¿Nunca, dices?

GERARDO.—¡Nunca, nunca! Si usted no puede hacer

nada por mí, yo veré lo que hago. Volveré a Moraleda, pediré que me tomen de criado en el colegio. No sé lo que haré. ¡Pero en aquella casa, no, no!

IRENE.—¿Pero no piensas que es tu madre, que puede exigirlo, mandarlo?

GERARDO.—No, no. Me moriría antes. Me mataría. ¡No ve usted que no hay nada peor que esa vergüenza! ¡Que es lo más triste que puede suceder en el mundo!

IRENE.—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo más triste?

GERARDO.—Eso, eso. Yo lo sé. ¡Mamá Irene, escuche usted, y dígame usted si no es verdad lo que yo digo. En el colegio había chicos malos, que, cuando regañaban con otros chicos, les decían palabras muy feas. Y aunque los Padres castigaban mucho a los que las decían, pues los chicos malos las decían siempre. Y lo más feo era decir, lo peor que puede decirse, que es decir de las madres. Y cuando eso pasaba, aunque el insultador fuera el más fuerte y el otro fuera el más pequeño, el más cobarde, arremetía contra el que había dicho, y se iba a él con tanta rabia, que siempre podía más y todos nos alegrábamos. Pues verá usted. Un día había entrado uno nuevo, y un chico malo empezó a meterse con él y a gastarle chuflas, y el otro fué a pegarle, y entonces el chico malo le dijo... eso, lo peor que puede decirse. Y cuando todos creímos que el otro le iba a hacer pedazos, le vimos que bajó la cabeza, que se fué a un rincón y que se echó a llorar. ¡A mí me hizo así todo el cuerpo! ¿Pero es que no tiene sangre en las venas ese chico? ¿Por qué es tan cobarde? Y entonces fué un chico que estaba junto a mí y me dijo: Pues no vayas a creerte, es el más valiente de aquí, y tiene mucha fuerza, y si quiere nos puede a todos. ¿Entonces, por qué ha hecho eso?... Es... que... ¿Qué querías que hiciera?... Es que todo eso que le ha dicho el otro es verdad. ¿Lo ve usted cómo no hay nada más triste en el mundo? Tener que bajar la cabeza ante el peor insulto que puede decírsele a un hombre, y tener que echarse a llorar como aquel muchacho. Porque no sirve ser valiente, no sirve tener fuerza cuando lo que le dicen a uno es verdad, y es una verdad como ésa. No cabe otra cosa que tener que bajar la cabeza y echar-

se a llorar, y morirse de vergüenza, como yo quisiera morirme.

IRENE.—¡Hijo mío, hijo mío! No, eso no. Tú eres ya mi hijo. Mío nada más. Yo te rescataré al precio que quieran ponerte. Yo te salvaré a costa de mi nombre, a costa de mi honra. Dejaré que la calumnia parezca verdad, y mi vida será redimirte, ennoblecerte, con toda mi alma. Estás rendido. Se cierran tus ojos. No puedes más.

GERARDO.—Sí. Estoy muy cansado. Tengo sueño. Mamá Irene, mamá Irene. ¿No te enfadas porque te llame así? ¿Verdad que me tendrás siempre contigo?

IRENE.—Siempre, sí, siempre.

GERARDO.—Así... ¡Qué bien estoy! ¡No te vayas, no me dejes!

ESCENA ULTIMA

Dichos, César y el *Duque.*

CESAR.—¿Pareció? ¿Está aquí, no es verdad?

IRENE.—Silencio, por favor. Se ha dormido.

DUQUE.—¿Qué ha sido de él? ¿Qué ha contado?

IRENE.—¡La historia de unos días que hubieran sido tal vez la historia de su vida! Pero ya no será.

CESAR.—¿Y esta hermosa lumbre? ¿Es que hoy ha sentido usted también frío?

IRENE.—No; esa lumbre abrasó una verdad y muchas mentiras. Y abrasó mi orgullo de raza, y abrasó mi corazón para purificarle. Esa lumbre es llama espiritual y a su luz ha nacido de mi alma un hijo mío. Y es como un misterio de amor y redención en mi alma. Y sobre el armiño de mi escudo pondré el nuevo blasón de una azucena más blanca que el armiño.

TELÓN